

Capricornio

sumario:

- Volodia **TEITELBOIM** Algo sobre los 50 años de Neruda
- Pablo **NERUDA** Mi infancia y mi poesía
- María Rosa **OLIVER** Dos momentos de un día
- Pablo **NERUDA** A Guatemala
- José Edmundo **CLEMENTE** Para una definición del amor
- Fermin **CHAVEZ** Neruda y su canto épico americano
- Pedro G. **ORGAMBIDE** Neruda en América
- L. Torre **NILSSON** La mucama
- Gregorio **SELSER** United Fruit Co., República N° 22 de América

libros: Miguel D. Etchebarne: "JUAN NADIE", por Jorge R. Montes. — Enrique Anderson Imbert: "ESTUDIOS SOBRE ESCRITORES DE AMERICA", por Javier Fernández.

1954

literatura • arte • actualidades

ARGOS S. A.

NOVEDADES Y REIMPRESIONES

El Arte y los Artistas

LOS PINTORES MODERNOS, Lionello

Venturi \$ 35.—



Hombres e Ideas

ROMAIN ROLLAND, Bernardo E. Koremblit. Humanismo, combate y soledad, 474 págs. con ilustraciones \$ 35.—



Obras de ficción

3ª Edición. EL INMORALISTA, André Gide \$ 18.—



ARGOS S. A. EDITORIAL C. e I.

Moreno 640

33-7100

Buenos Aires

Argentina

CAPRICORNIO

Revista de literatura, arte y actualidades. Dirige: Bernardo Kordon. Marca Registrada Nº 309.191. Registro de Propiedad Intelectual Nº 426.224. Córdoba 2752, Buenos Aires
Distribuidora Exclusiva: Librería Hachette, S. A. Rivadavia 739, Buenos Aires.

Año II

Buenos Aires, Junio-Julio de 1954

Nº 6

ALGO SOBRE LOS 50 AÑOS DE NERUDA

VOLODIA TEITELBOIM

Pablo Neruda, con la aparición de "Las Uvas y el Viento" y la tranquila creación actual de sus "Odas Elementales", se prepara a doblar el libro de los cincuenta años, que cumplirá el próximo 12 de Julio. Son más de treinta años de "vivir contigo, poesía", de actividad literaria ejemplar, práctica de una vocación irresistible.

Si desde la cima del medio siglo, echa una ojeada a su obra casi cíclopea —(un inventario reciente registra cerca de mil poemas publicados)— debería estar contento del trabajo cumplido; pero, en verdad, sólo se siente compo en la alborada de la gran madurez, de una segunda etapa más profunda y más clara.

Los cincuenta años predisponen al balance. Y un poco de ésto ha hecho el propio Neruda en el pasado mes de febrero al dictar en la Universidad de Chile cinco conferencias sobre su vida y su poesía, donde muchos episodios ignorados saltaron a la luz, dichos en una prosa muy prosa, digna hermana de su poesía. Por otra parte, la bibliografía, —compuesta para esta ocasión, que forma un volumen copioso, lleno de nóminas de poemas, artículos, prólogos, discursos literarios y políticos, en apreciable proporción generalmente desconocidos— constituye, como siempre, el complemento indispensable de su biografía, cuyos hechos y cantos han sido muy tempestuosamente escritos, por cierto, en la corriente de la historia contemporánea. Fuera de ella, sus raíces no serían comprendidas.

UN POETA BAJO LA LLUVIA

Neruda compuso sus primeros poemas, el libro "Helios", que nunca se dio a la estampa, en los momentos en que se produce un gran vuelco so-

cial: la Revolución de Octubre en Rusia Zarista, con toda su secuela de influencia en el mundo entero. Chile tampoco puede marginarse a esta nueva era de inquietud política. El niño —que ha nacido en hogar pobre de ferroviario, en el pueblo vitivinícola de Parral— sigue los viajes y traslados de su padre y comienza a escribir en la ciudad austral de Temuco, llamada “capital de la Frontera”, en alusión a que hasta cincuenta años antes, más allá de ella se extendían las tierras de los indígenas araucanos, que resistieron tres siglos a los españoles y un siglo más el saqueo de los aventureros y de las autoridades criollas. Fría tierra de bosques y de lluvias, donde el chico devora todos los libros, que le entrega la Directora del Liceo, una mujer alta, majestuosa y solitaria, a quien él admira sobre todo porque escribe poesía. Ella se llama Gabriela Mistral.

Desde la capital llegan las irradiaciones del descontento. Sobre la tormentosa marea de esa hora, comienzan a navegar los versos de poeta adolescente de provincia, al que recuerda como un dolor antiguo y superado en “Las Uvas y el Viento”: “Yo crecí dolorido en los rincones — y el llanto acumulado fui dejando caer de gota en gota en mi escritura”. Su poesía era entonces la resultante de una triple soledad: la de un muchacho en la encrucijada de los trece años; la de un poeta que abre los ojos a un mundo que comienza a hundirse, y la de un fogoso artista en ciernes que choca, en el pequeño ambiente sureño, con todas las limitaciones que se oponen a la poesía en un país semicolonial y plagado de supervivencias feudales. Decide irse a la capital.

TODO EL AMOR

Quando Pablo Neruda irrumpe en la vida literaria y estudiantil de Santiago, la llamada “generación del año 20”, de la cual se convierte de inmediato en voz poética, a través de sus colaboraciones en las revistas “Juventud” y “Claridad”, pretende asumir la dirección del movimiento revolucionario de aquella época, erigirse en la vanguardia de la clase obrera y del pueblo, propósito en el cual fracasó en forma estrepitosa.

Sumido en el torrente de la insurgencia estudiantil —muy vinculada al espíritu reformista de la Universidad de Córdoba, en Argentina— Neruda mira de cerca y con fraternal simpatía a los trabajadores, canta en tono sombrío la tragedia de las “Maestranzas de Noche”, la insatisfacción de los pequeños burgueses, desprecia la máquina del poder y se siente románticamente solidario de los hombres fuera de la ley. Todo esto aprieta en él un nudo de contradicciones: da a su poesía una vaga rebeldía, teñida de leves ilusiones anarquistas; pero aún no la revolución. La columna vertebral de su cántico se afirma entonces menos en una conciencia social que en los gritos del sexo y las ansias del corazón.

LAURELES TEMPRANOS

Con todo, su llegada a Santiago indica el fin de una época en la poesía chilena y el comienzo de otra, aunque él mismo no éste sino en su impetuoso punto de partida. El rayo de “Crepusculario” —palabra inventada por él— destruye las torres de la vieja poesía y Neruda pasa a ser antes de los veinte años el primer poeta de su país. Como consecuencia, conoció muy joven una fama vocinglera. Los adolescentes de entonces (y de ahora) recitan de memoria su “Farewell”, “Morena la Besadora” o el trajinado “Poema 20”: “Puedo escribir los versos más tristes esta noche, —Escribir, por ejemplo: “La noche esta estrellada—, y tiritan, azules, los astros, a lo lejos”... Más de algún muchacho de nuestras tierras ha hecho su primera declaración sentimental saqueando trozos de “El Hondero Entusiasta” y sobre todo de “Veinte Poemas de Amor y una Canción Desesperada”, especie de Cantar de los Cantares en la poesía lírica de América Latina.

LA HORA CONFUSA

Posiblemente otro, en quien la potencia de la vida y del arte no fuera tan exigente e imperiosa, se hubiese adormecido sobre el lecho peligroso de la juvenil gloria. Pero para Neruda detenerse en la poesía es como aceptar que la sangre pueda paralizarse en sus arterias. Por otra parte, ya está fuera del clima en que escribió los versos de la desatada pasión erótica. Después de ellos, ha quedado confuso, mirando hacia el mundo y observándose a sí mismo. Son los años de la baja marea, los días en que los grandes consorcios engendran el fascismo y las fuerzas populares se batan en retirada en esta parte del globo. El repliegue marca su impronta en Neruda. No ve claro. Después de su prosa poemática en “Anillos” o de relatar aventuras de cuatros australes en “El Habitante y su Esperanza”, novela más por el nombre que por su forma y fondo, da el salto sobre el abismo: rompe la sintaxis, niega la puntuación en “Tentativa del Hombre Infinito”, precipita el caos, la confusión donde su ser há de madurar difícilmente para el alumbramiento del esplendor, pues larga fué su peregrinación por los abismos, por las luminosas tinieblas. Esta se traduce en la odisea de un joven Ulises por el planeta.

BUSQUEDAS Y VIAJES

Va en busca de otras naciones, donde tal vez la poesía pueda florecer mejor; de otros poetas, antiguos o modernos, que iluminen su camino; de los crustáceos y la naturaleza, con una curiosidad y amor que no reconoce término. Todo esto lo relata muy bellamente en sus “Viajes por las Costas

del Mundo" o "Viaje al Corazón de Quevedo". Pero una cosa tiene decidida: no irá a París. Es la primera postguerra y allí están de moda furiosos todos los ismos de la descomposición. Prefiere el Oriente: Batavia, la India. En "Las Uvas y el Viento", al regresar a Bombay en 1951, recuerda aquel viaje de juventud y comprueba, si nó el cambio de aquel país, por lo menos su propio cambio: "En la India —de nuevo— otra vez— el aroma de frutas muertas, el— graznido de cuervos. Sentí que se oprimía —dentro de un vaso roto — mi corazón,— oí pasos, pasos que han muerto, pasos — enramada de razas y de túnicas,— India, materna, entrelazada, augusta, cruel, remota, eras la misma. Los grandes ríos sepultando cuerpos, —el color de safrán en las colinas,— pero ahora no era mi juventud, mi solitaria —adolescencia errante. Ahora las flores me esperaban". Nunca fué esotérico y en el Asia colonial ratificó su idea de que "el hombre tiene que arreglar primero sus asuntos", para llegar a ser dueño de su propia poesía.

Todo este período de busca alucinada, en que la puerta está con llave; pero se traban en su ser luchas sobrecogedoras; en que golpea, empuja y embiste, tratando de ganar una salida al sol, a la ancha llanura de una poesía tan simple como una simple conversación humana, da como fruto "Residencia en la Tierra". Pero esta abundante colección —que los iniciados en la poesía críptica adoran como una enigmática catedral en penumbra— es una encrucijada en que se prepara una explosiva carga de nuevas formas y contenidos.

UN INCENDIO EN EL MUNDO

Y es la sangre de las naciones, de los hombres y el resplandor que ella proyecta sobre su ávida conciencia lo que va a precipitar la crisis del hermetismo, a disipar en definitiva la melancolía a través de un incendio revelador: España de 1936. Este estallido precisamente se llama "España en el Corazón".

Se inicia entonces el largo período, casi veinte años hasta la fecha, en que su poesía avanza por todo el mundo abriéndose camino hacia las multitudes y se va tornando cada día más accesible a su héroe, el pueblo. No lo consigue al precio de rebajar su canto, haciéndolo plebeyo, sino creando valores poéticos de nuevo cuño, una poesía señalada por el choque de las grandes contradicciones modernas: lucha de clases; combate de los países latinoamericanos por su supervivencia nacional; acción por la paz, el socialismo y la libertad. Neruda otea por encima de estas sociedades íntimamente desgarradas para vizar el rostro de la aurora. No es ya difícil imaginarlo, pues hoy no se agita en la nebulosa de los hermosos sueños, de las nobles utopías, sino que es hecho irradiante en gran parte del planeta. Por eso, avanzando en un contrapunto épico más allá de los sufrimien-

tos y combates de nuestra América en el "Canto General", celebra con todos los instrumentos de su orquesta la alegría de la liberación en "Las Uvas y el Viento". Pero al cantar en tono mayor la epopeya triunfal en buena porción de Europa y del Asia, Neruda también anuncia el mañana de América.

SU ARTE POETICA

Así va caminando, como el mismo se complace en decir, desde el Sur al Norte, desde la soledad al pueblo, a través de visibles mutaciones en calidad y cantidad.

Tiene muy definida en su cabeza la filosofía de su poesía. Se cumple en Neruda de manera creciente aquello que la estética suele denominar "la asimilación artística del mundo por el hombre". Fusión sanguínea de la poesía, el fenómeno natural y el acontecer colectivo. Hace suya una concepción integral hartamente ambiciosa: "Nada del hombre y de la tierra quedará proscrito de mi poesía". A su juicio no hay por qué limitarla sólo a los llamados "temas" y "vocablos" poéticos ni aceptar el monopolio y la dictadura del diccionario de las rimas. Para él la poesía es un mundo con muchos continentes y países, con innumerables provincias, comarcas e infinitos rincones por revelar. Neruda es un descubridor y conquistador de nuevos dominios, a la vez que un osado experimentador de nuevas formas.

CANTAR SENCILLAMENTE

Por ejemplo, su anhelo actual es cantar con la máxima sencillez. Lograr que el agua de su cauce quede al alcance de cualquier hijo de vecino; pero sin que el caudal se empobrezca, enturbie o afece, sino, por el contrario, se haga más denso y variado. Poesía accesible y succulenta. A nuevo contenido, estilo nuevo. Para un cuerpo nuevo, traje nuevo, traje popular. Compone cuécas, romances, poemas libres y rimados, corales y antiestrofas. Moderno asaltante de preceptivas, retóricas y métricas, se da el placer de recrearlas bajo un fulgor fresco y vibrante. Hoy por hoy el hombre común de nuestro país ama, declama, canta, dramatiza en los escenarios obreiros, o escucha en discos los versos de Neruda. Son cogidos como tema de canciones populares o de música culta, "La Muerte de Manuel Rodríguez, el Guerrillero", "Farewell", "Sinfonía de la Trilla". O se escenifican, como en "La Tierra se Llama Juan". Aún la propaganda comercial publicada en la prensa diaria, entra a saco en versos sueltos de Neruda usándolos para anunciar films, analgésicos, muebles, etc.

ARTISTA DE LA MATERIA

En el hecho la obra de Neruda ha contribuido a elevar el nivel de las necesidades culturales de la gente sencilla y también ha impulsado al propio poeta hacia una verdadera revolución en las formas literarias.

Todo ésto no es obra del azar. Neruda estaba especialmente preparado para incorporar el universo actual como protagonista de su poesía. Aun en el picacho más inaccesible de su producción, siempre fué un entrañable poeta de la materia. Partiendo desde su primeriza "Canción de la Fiesta" hasta el período nebuloso de "Residencia", no se advierte en él sombra alguna de culto divino, delirios sobrenaturales, caída en los mitos, sino una omnipresencia: La Materia, que lo ha hecho el poeta de la tierra y no del cielo, de ese cielo de todas las evasiones, de todas las escapadas de la vida. Este apego a la substancia concreta de las cosas, lo afinó para ver la naturaleza en toda su extensión, pero sobre todo para distinguir y cantar como a su dios al más grande de los hijos de la tierra, al hombre. Nunca lo cambió como al literario ángel caído, sino viviendo y luchando como ser real, dentro de una sociedad contradictoria, que al principio a él mismo lo arrojó a la soledad y luego le dió una compañía inagotable.

EL CONTINUO CAMBIO

Si uno examina la sucesión ya larga de sus libros, concluirá que tampoco su universo espiritual tiende hacia lo estático. No se somete al principio de la identidad consigo mismo. Su poesía no profesa el socorrido tópico metafísico del eterno retorno, que, en buen romance, es el círculo vicioso de los poetas que se repiten en su propia monotonía y se plagian a sí mismos. Cada nueva obra de Pablo Neruda es un salto sobre la precedente. Y estos cambios responden a algo más profundo que una carrera de antorchas de imágenes deslumbradoras. Es un relevo y una mudanza que recoge en su conciencia y en su poesía con velocidad asombrosa el cambio de los tiempos y de los hombres, ayudado por la idea clara de que tiene una misión: llevar los hechos significativos casi en forma inmediata a la consagración del poema. Así va dando expresión artística a las preguntas, a los problemas, a las necesidades que la sociedad humana va planteando a la cabeza y el corazón del hombre de nuestros días. Y en esta tarea de servir de "conciencia poética de la revolución" tiene buen cuidado de hacer poesía y no sociologismo.

DAR A LA ACTUALIDAD SELLO PERMANENTE

Neruda es un poeta donde la sensibilidad prodigiosa está iluminada por la suprema inteligencia de la vida y del oficio. Y se percató con per-

fecta lucidez que es muy importante escribir una poesía que representa las borrascas, la luz y la esperanza en la realidad contemporánea. Pero igualmente sabe que tal mensaje se frustraría si no profundizara en el secreto y la belleza de la actualidad al extremo de darle valor duradero. Lucha por imprimir a la naturaleza un carácter y un aire casi humano, y por dar a las arenas, al oleaje del tiempo un sello nada fugaz.

En los últimos libros de Neruda, más límpidamente aun en "Las Uvas y el Viento", hay, por ejemplo, una apasionante recreación poética de los recientes hechos, de las gestas del día. Practica el sistema de mantener relaciones muy estrechas con el mundo. tan íntimas que forma parte de él, actúa en él, vive su acción, la comparte. Más que contemplador es actor. Cree que se escribe mejor sobre aquello que se vive personalmente y en cuya creación el mismo poeta participa. Por eso, inclusive cuando contempla, lo hace en una función activa, prefiriendo lo nuevo a lo caduco, lo que es mañana más que ayer: "Yo siento, miro, toco el crecimiento de lo que sobreviene". Tal vez aquí resida la explicación de porqué no se marchita el laurel, que cada etapa mantenga su juventud y su poesía se encamine hacia nuevas fases más amplias y completas.

HA LLEGADO EL OTOÑO, LA ESTACION FERTIL

Sí; su poesía ondula y cambia en temas y calidades y en cada aspecto parece alcanzar su sazón. En verdad, fascinadora ha sido la metamorfosis cumplida desde el adolescente enamorado hasta el poeta de 50 años, que se siente buen camarada de la humanidad y le eleva un nuevo canto con el advenimiento de cada día.

Pero no puede pasar en silencio que este cambio de posición y actitud determina también una variación cuantitativa. El amargo crítico del otro lado se queja de su fecundidad, suele lamentarse de que ahora Neruda escriba en exceso, un poema, dos poemas diarios, de que lance libro tras libro; varios y muy gordos, por año; cuando en rigor la belleza nunca debería profanarse, empaquetarse en papel y cartón, sino callar delicada, inédita e impoluta en el misterio de las cofradías iniciadas, como un escritor chileno acaba de pedirlo.

En verdad, lo que quieren es su silencio. Les gustaría que Neruda dejara de cantar antes de que lo siga haciendo como ahora canta, con un contenido que ellos rechazan más por prejuicio político que por sentido estético.

Pero, mal que les pese, el poeta es como una tierra cada año más fértil, bañada por el río del pueblo. A su vida ha llegado el comienzo del Otoño, la estación fecunda, y da sus frutos con la óptima opulencia de los padres

de las antiguas mitologías; o bien del Dante o de Lope; del caudaloso Hugo, en sus largos días, o bien de Byron o Pushkin en su breve jornada. Y aquí la cantidad no conspira contra la calidad. No hay un arcano en ésto. Una identificación más acabada entre el poeta y el mundo, la unidad entrambos, conduce a un grado de comunicación que hace que el mundo hable al poeta en síntesis claras y se le entregue a grandes oleadas, y no en mezquinas y trabajosas filtraciones secretas, como acontece cuando sus relaciones no son muy directas ni consubstanciales. Porque es cosa sabida que cuando poeta y mundo son todavía extraños, enemigos entre sí, o falsos amigos, los trofeos deben ser arrancados al precio de demorosos y cruenos combates, de donde la poesía casi siempre sale malherida y escasa.

HAY QUE ESCRIBIR TODOS LOS DIAS

Sin embargo, no ha sido esta influencia del mundo sobre un poeta singularmente dotado al factor único que pueda alumbrar la raíz de tan revoladores cambios. En Neruda hay un camino de perfección de primera fuerza: *el trabajo diario*. Pues si bien su alma tiene todas las puertas y ventanas abiertas a la penetración del universo, al llamado de sus temas, es, no obstante, el esfuerzo continuo, la labor cotidiana lo que da forma a su progreso. Trabajando todos los días en su poesía, como trabaja en lo suyo el obrero, perfecciona su pensamiento, perfecciona su palabra, organiza su sentimiento para nuevas expresiones, conforme a los nuevos reflejos de la existencia sobre su conciencia, de la vida exterior sobre su espíritu. Así depura su maestría literaria, enriquece su técnica. En este sentido, Neruda es un escritor ejemplar.

TABLAS DE LA LEY PARA LOS NUEVOS POETAS

Hoy beben en el vaso de su poesía —traducida a cincuenta idiomas, publicada en cientos de ediciones— personas de todos los países y razas. Vale la pena subrayar, a propósito, que no hay un poeta más chileno y es probable más acendradamente latinoamericano que Pablo Neruda. Está a la vista que no surgió por generación espontánea: es un hijo de su pueblo, de su tierra, de su tiempo, y un hijo fiel. Cuando se tiene genio —ya lo dijo Tolstoy el viejo— ser fiel a su país es el camino para ser universal. Y ser fiel a su tiempo, un pasaporte para entrar en el país del mañana.

A este hombre, Premio Nacional de Literatura en su país, laureado con el Premio Stalin. "Por el Fortalecimiento de la Paz, entre los pueblos", los adversarios conceden que muy bella es su poesía; pero la menoscaba, a su

juicio, el pecado mortal de ser útil, socialmente útil, convertirse en un arma de los pueblos. No les agrada que cante a todo pulmón para que las naciones no se aniquilen, sino que se entiendan; no se incomuniquen, sino que se relacionen; intercambien el pan y la poesía. Su delito es exaltar "la paz redonda que vi en otras tierras crecer como una copa, como el hijo en la madre". En su poema del libro "Las Uvas y el Viento", denominado "a Guttuso, la Tierra y la Pintura", escribe un decálogo para los jóvenes poetas, pintores, artistas: "Que sean alabadas y pintadas y escritas — las reuniones de obreros, el mediodía de la huelga — el tesoro de los pescadores, la noche del fogonero — los pasos de la victoria, la tempestad de China. — la respiración ilimitada de la Unión Soviética — y el hombre: cada hombre con su oficio y su lámpara, — con la seguridad de su tierra y de su pan".

EL APELLIDO DE CHILE

La trayectoria de Pablo Neruda, desde el chico de Parral, el vagabundo liceano de Temuco, que escribía bajo la lluvia de la Frontera sus primeros versos, hasta el poeta de celebridad mundial, no ha sido un proceso indoloro. Ha conocido —aparte de las luchas íntimas— la vida clandestina y el ostracismo. Sin ir más lejos, hoy no tiene derechos cívicos, borrado como está de los registros ciudadanos.

Pero simultáneamente se le profesa un amor multitudinario que nunca antes disfrutó un poeta en esta tierra. Gente de todas las estratas sociales siente el orgullo de compatriota. Cualquiera viajero nuestro que ande por algún lejano confin —Mongolia o Mozambique, por ejemplo—, sabe que cuando dice que viene de Chile, muchos sólo suelen atinar a poner a ese nombre remoto, un apellido: Neruda.

PABLO NERUDA

Para saber y contar y contar para saber... tengo que empezar así esta historia de aguas, plantas, bosques, pájaros, pueblos, porque es eso la poesía, por lo menos mi poesía. Pero ante todo, si alguien se siente incómodo en esta sala esc soy yo. No sólo porque tengo que hablar de mí mismo, sino porque tengo que hablar mientras ustedes pueden pensar en lo que le dé la gana, que es lo que me gustaría hacer a mí.

El corazón de los poetas es, como todos los corazones, una interminable alcachofa, pero en él no hay solamente hojas para mujeres de carne y hueso, para amores verdaderos o sueños persistentes, sino para todas las tentaciones de la vida, también para la vanidad. No hay verdadero poeta sin alguna vanidad, así como no hay tampoco grandes poetas inéditos. Entonces iré sacando las hojas de la vanidad para consumirlas entre nosotros, ya que así me lo han pedido. Espero que sea una de las últimas veces y que todo lo demás, las demás hojas que me saque del corazón, sean puro producto, alimentos vegetales, celestes o terrestres, poesía...

Mis tatarabuelos llegaron a los campos de Parral y plantaron viñas. Tuvieron unas tierras escasas y cantidades de hijos. En el transcurso del tiempo esta familia se acrecentó con hijos que nacían dentro y fuera del hogar. Siempre produjeron vino, un vino intenso y ácido, vino pipeño, sin refinar. Se empobrecieron poco a poco, salieron de la tierra, emigraron, volviendo para morir a las tierras polvorientas del centro de Chile.

Mi padre murió en Temuco, porque era un hombre de otros climas. Allí está enterrado en uno de los cementerios más lluviosos del mundo. Fué mal agricultor, mediocre obrero del dique de Talcahuano; pero buen ferroviario. Mi padre fué ferroviario de corazón. Mi madre podía distinguir en la noche, entre los otros trenes, el tren de mi padre que llegaba o salía de la estación de Temuco.

Pocos saben lo que es un tren lastrero. En la región austral, de grandes vendavales, las aguas se llevarían los rieles, si no les echaran piedrecillas entre los durmientes, sin descuidarlos en ningún momento. Hay que sacar con cachos el lastre de las canteras y volcar la piedra menuda en los carros planos. Hace cuarenta años la tripulación de un tren de esta clase tenía que ser formidable. Tenía que quedarse en los sitios aislados picando piedra. Los salarios de la Empresa eran miserables. No se pedía ante-

cedentes a los que querían trabajar en los trenes lastreros. La cuadrilla estaba formada por gigantescos y musculosos peones. Venían de los campos, de los suburbios, de las cárceles. Mi padre era el conductor del tren. Se había acostumbrado a mandar y a obedecer. A veces me arrebatada del colegio y yo me iba en el tren lastrero. Picábamos piedras en Boroa, corazón silvestre de la frontera, escenario de los terribles combates españoles y australianos.

La naturaleza allí me daba una especie de embriaguez. Yo tendría unos diez años, pero era ya poeta. No escribía versos, pero me atraían los pájaros, los escarabajos, los huevos de perdiz. Era milagroso encontrarlos en las quebradas, empavonados, oscuros y relucientes, con un color parecido al del cañón de una escopeta. Me asombraba la perfección de los insectos. Recolectaba las madres de la culebra. Con este nombre extravagante se designa al mayor coleóptero, negro, bruñido y fuerte, el titán de los insectos de Chile. Estremece verlo de pronto en los troncos de los maquis y de los manzanos silvestres, de los viejos coigues, pero yo sabía que era tan fuerte que podía pararme con mis dos pies sobre él y no se rompería. Con su gran fuerza defensiva no necesitaba veneno.

Estas exploraciones mías llenaban de curiosidad a los trabajadores. Pronto comenzaron a interesarse en mis descubrimientos. Apenas se descuidaba mi padre se largaban por la selva virgen y con más destreza, más inteligencia y más fuerza que yo encontraban para mí tesoros increíbles. Había uno que se llamaba Monge. Según mi padre, el más peligroso cuchillero... Tenía dos grandes líneas en su cara morena. Una era la cicatriz vertical de un cuchillazo y la otra su sonrisa blanca, horizontal, llena de simpatía y de picardía. Este Monge me traía copihues blancos, arañas peludas, crías de torcazas, y una vez descubrió para mí lo más deslumbrante, el coleóptero del coigue y de la luna. No sé si ustedes los han visto alguna vez. Yo sólo lo ví en aquella ocasión, porque era un relámpago vestido de arco-iris. El rojo y el violeta y el verde y el amarillo deslumbraban en su caparazón y como un relámpago se me escapó de las manos y se volvió a la selva. Ya no estaba Monge para que me lo cazara. Pero nunca me he recobrado de aquella aparición deslumbrante. Tampoco he olvidado a aquel amigo... Mi padre me contó su muerte. Cayó del tren y rodó por un precipicio. Se detuvo el convoy, pero, me decía mi padre, sólo era un saco de huesos. Lloré una semana.

Es difícil dar una idea de una casa como la mía, casa típica de la frontera, hace cuarenta años.

En primer lugar, las casas familiares se comunicaban. Por el fondo de los patios los Reyes y los Ortega, los Candia y los Masson, se intercambiaban herramientas o libros, tortas de cumpleaños, ungüentos para fricciones, paraguas, mesas y sillas.

(1) Conferencia pronunciada en la Universidad de Chile y cuya publicación ha sido expresamente autorizada para "Capricornio".

Estas casas pioneras cubrían todas las actividades de un pueblo. Don Carlos Masson, norteamericano de blanca melena, parecido a Emerson, era el patriarca de esta familia.

Sus hijos Masson eran profundamente criollos.

Don Carlos Masson tenía Código y Biblia. No era un imperialista, sino un fundador original.

En esta familia, sin que nadie tuviera dinero, crecían imprentas, hoteles, carnicerías. Algunos hijos eran directores de periódicos y otros eran obreros en la misma imprenta.

Todo esto pasaba con el tiempo y todo el mundo quedaba tan pobre como antes. Sólo los alemanes mantenían esa irreductible conservación de sus bienes, que los caracterizaba en la frontera.

Las casas nuestras tenían, pues, algo de campamento. O de empresas descubridoras. Al entrar se veían barricas, aperos y monturas y objetos indescriptibles.

Quedaban siempre habitaciones sin terminar, escaleras inconclusas. Se hablaba toda la vida de continuar la construcción. Los padres comenzaban a pensar en la Universidad para sus hijos.

En la casa de don Carlos Masson se celebraban los grandes festejos. En toda comida de onomástico había pavos con apio, corderos asados al palo y leche nevada de postre. Hace ya muchos años que no pruebo la leche nevada. El patriarca de pelo blanco se sentaba en la cabecera de la mesa interminable, con su esposa, doña Micaela Candia. Detrás de él había una inmensa bandera chilena, a la que se le había clavado con un alfiler una minúscula banderita norteamericana. Esa era también la proporción de la sangre. Prevalecía la estrella solitaria de Chile.

En esta casa de los Masson había también un salón al que no nos dejaban entrar a los chicos sino en contadas ocasiones. Nunca supe el verdadero color de los muebles, porque estuvieron cubiertos con fundas blancas hasta que se los llevó un incendio. Había allí un álbum con fotografías de la familia. Estas fotos eran más finas y más delicadas que las terribles ampliaciones iluminadas que invadieron después la frontera.

Allí había un retrato de mi madre, muerta en Parral, poco después de que yo nací. Era una señora vestida de negro, delgada y pensativa. Me han dicho que escribía versos, pero nunca he visto nada de ella, sino aquel hermoso retrato.

Mi padre se había casado en segundas nupcias con doña Trinidad Candia, mi madrastra. Me parece increíble tener que dar este nombre al ángel tutelar de mi infancia. Era diligente y dulce, tenía sentido de humor campesino, una bondad activa e infatigable.

Apenas llegaba mi padre, ella se transformaba sólo en una sombra suave como todas las mujeres de entonces y de allá.

En aquel salón vi bailar mazurkas y cuadrillas.

Había en mi casa también un baúl con objetos fascinantes. En el fondo relucía un maravilloso loro de calendario. Un día que mi madre revolvía aquella arca sagrada yo me caí de cabeza adentro para alcanzar el loro. Pero cuando fui creciendo lo abría secretamente. Había unos abanicos preciosos e impalpables.

Conservo otro recuerdo de aquel baúl. La primera novela de amor que me apasionó. Eran centenares de tarjetas postales, todas dirigidas por alguien que las firmaba, que no se si era un Enrique o un Alberto, y escritas todas a María Thielman. Estas tarjetas eran maravillosas. Eran retratos de las grandes actrices de la época con vidriecitos engastados y a veces cabellera pegada. También habían castillos, ciudades y paisajes lejanos. Durante años sólo me complací en las figuras. Pero, a medida que fui creciendo, fui leyendo aquellos mensajes de amor escritos con una perfecta caligrafía. Siempre me imaginé que el galán aquel era hombre de sombrero hongo, bastón y brillante en la corbata. Pero aquellas líneas eran de arrebatadora pasión. Estaban enviadas desde todos los puntos del globo por el viajero. Estaban llenas de frases deslumbrantes, de audacia enamorada. Comencé yo a enamorarme también de María Thielman. A ella me la imaginaba como una desdenosa actriz, coronada de perlas. ¿Pero cómo habían llegado al baúl de mi madre estas cartas? ¿Cómo había abandonado su tesoro la diosa desconocida? Nunca pude saberlo.

Los muchachos en el Liceo no conocían ni respetaban mi condición de poeta. La frontera tenía ese sello maravilloso de Far West sin prejuicios. Mis compañeros se llamaban Schanakes, Scheler, Hausers, Smiths, Taitos, Seranis. Eramos iguales entre los Araucanos y los Ramírez y los Reyes... No había apellidos vascos. Había Sefarditas, Albalas, Francos; había irlandeses Mc. Guynntis, polacos Yanichewskys. Brillaban con luz oscura los apellidos araucanos, olorosos a madera y agua, Melivilis, Catrileos.

Combatíamos en el gran galpón cerrado con bellotas de encina. Nadie que no lo haya recibido sabe lo que duele un bellotazo. Antes de llegar al Liceo, que estaba cerca del río, nos llenábamos los bolsillos de armentos. Yo tenía escasa capacidad, ninguna fuerza y poca astucia. Siempre llevaba la peor parte. Mientras me entretenia observando la maravillosa bellota, verde y pulida, con su caperuza rugosa y gris, mientras trataba torpemente de fabricarme con ella una de esas pipas que me arrebataban, ya me había caído un diluvio de bellotazos en la cabeza. Cuando estaba en

el 2º año se me ocurrió llevar un sombrero impermeable de color verde vivo. Este sombrero pertenecía a mi padre, como su manta de castilla, sus faroles de señales verdes y rojos, que estaban cargados de fascinación para mí y apenas podía los sacaba al colegio para pavonearme con ellos... Esta vez llovía implacablemente y nada más formidable que el sombrero de hule verde que parecía un loro. Apenas llegué al galpón en que corrían como locos trescientos foragidos, mi sombrero voló como un loro. Yo lo perseguía y cuando ya lo iba a cazar volaba de nuevo entre los aullidos más ensordecedores que escuché jamás... Nunca lo volví a ver.

MI poesía me fué defendiendo poco a poco.

En el Liceo hacía un frío polar. Hace cuarenta años yo tiritaba como deben tiritar ahora los chicos en el nuevo Liceo de Temuco. Han hecho un gran edificio, moderno, con grandes ventanas pero sin calefacción. Así son las cosas por allá en la frontera... En mi tiempo había que hacerse hombros. Las ocasiones no nos faltaban. Las casas del sur eran destartaladas, apresuradamente hechas de maderas recién cortadas y techos de zinc. Las grandes lluvias eternas eran la música en el techo. A veces, en la mañana, la casa del frente se despertaba sin techo. El viento se lo había llevado a doscientos metros de distancia. Las calles eran grandes ríos de barro. Las carretas se empantanaban. Por las veredas, pisando en una piedra y en otra, con frío y lluvia, andábamos hacia el colegio. Los paraguas se los llevaba el viento. Los impermeables eran caros, los guantes no me gustaban, los zapatos se empapaban. Siempre recordaré los calcetines mojados junto al brasero y muchos zapatos echando vapor, como pequeñas locomotoras. Luego venían las inundaciones, que se llevaban las poblaciones donde vivía la gente más pobre, junto al río. También la tierra se sacudía, temblores. Otras veces en la cordillera asomaba un penacho de luz terrible: el volcán Llaima despertaba.

Pero lo peor eran los incendios. En el año 1906 o 1907, no recuerdo bien, fué el gran incendio de Temuco. Las casas ardían como cajitas de fósforos. Se quemaron veintidós manzanas. No quedó nada, pero si los sureños saben hacer algo de prisa, son las casas. No las hacen bien, pero las hacen. Cada sureño tiene tres o cuatro incendios totales en su vida. Tal vez el recuerdo más remoto de mi propia persona es verme sentado sobre unas mantas frente a nuestra casa que ardía por segunda o tercera vez.

LA FRONTERA (1904)

Lo primero que vi fueron
árboles, barrancas
decoradas con flores de salvaje hermosura,
húmedo territorio,

bosques que se incendiaban
y el invierno detrás del mundo desbordado.
Mi infancia son zapatos mojados, troncos rotos
caídos en la selva, devorados por lianas
y escarabajos, dulces días sobre la avena,
y la barba dorada de mi padre saliendo
hacia la majestad de los ferrocarriles.

Frente a mi casa el agua austral cavaba
hondas derrotas, ciénagas de arcillas enlutadas,
en el verano eran atmósfera amarilla
por donde las carretas crujían y lloraban
embarazadas con nueve meses de trigo.
Rápido sol del Sur:

rastrojos, humareda
en caminos de tierras escarlatas, riberas
de ríos de redondo linaje, corrales y potreros
en que reverberaba la miel del mediodía.
El mundo polvoriento entraba grado a grado
en los galpones, entre barricas y cordeles
a bodegas cargadas con el resumen rojo
del avellano, todos los párpados del bosque.

Me pareció ascender en el tórrido traje
del verano, en las máquinas trilladoras,
por las cuestas, en la tierra barnizada de boldos
erguida entre los robles, ideleble,
pegándose en las ruedas como carne aplastada.

Mi infancia recorrió las estaciones: entre
los rieles, los castillos de madero, reciente,
la casa sin ciudad, apenas protegida
por reses y manzanos de perfume indecible
fui yo, delgado niño cuya pálida forma
se impregnaba de bosques vacíos y bodegas.

Pero los aserraderos cantaban. Se acumulaba la madera en las estaciones y de nuevo se oía a madera fresca en los pueblos. Por allá quedan aún versos míos escritos en las paredes, Me tentaban porque las tablas eran lisas como el papel, con venas misteriosas. Desde entonces la madera ha sido para mí, no una obsesión, porque no conozco las obsesiones, sino un elemento natural de mi vida. Estos versos recientes les demostrarán la verdad de cuanto les he dicho:

A LA MADERA

Ay, de cuanto conozco
y reconozco
entre todas las cosas
es la madera
mi mejor amiga,
yo llevo por el mundo
en mi cuerpo, en mi ropa
aroma de aserradero,
olor de tabla roja,
mi pecho, mis sentidos
se impregnaron
en mi infancia
de árboles que caían,
de grandes bosques llenos
de construcciones futuras,
yo sentí cuando azota
el gigantesco alerce,
el laurel alto de cuarenta metros,
el hacha y la cintura
del hachero minúsculo
de pronto, picotean
su columna arrogante,
el hombre vence y cae
la columna de aroma,
tiembla la tierra, un trueno

sordo, un sollozo negro
de raíces, y entonces
una ola
de olores forestales
inundó mis sentidos,
la húmeda tierra, lejos
en las selvas del sur,
en los fragantes, verdes
archipiélagos,
allá lejos,
conmigo
fueron naciendo vigas,
durmientes,
esposos como el hierro,
tablas
delgadas y sonoras,
la sierra rechinaba
cantando
sus amores de acero,
aullaba el hilo agudo,
el lamento metálico
de la sierra cortando
el pan del bosque
como madre en el parto,
y daba a luz en medio
de la luz
y la selva
desgarrando la entraña
de la naturaleza,
pariendo
castillos de madera,
viviendas para el hombre,
escuelas, ataúdes,
para el hombre
que existirá mañana

y que hoy está naciendo
 con un ruido de sierra,
 con un desgarramiento
 de luz, sonido y sangre,
 es el aserradero
 del tiempo,
 cae
 la selva oscura, oscura,
 nace
 el hombre,
 caen las hojas negras,
 y nos oprime el trueno,
 hablan al mismo tiempo
 la muerte y la vida,
 como un violín se eleva
 el canto o el lamento
 de la sierra en el bosque,
 y así nace y comienza
 a recorrer el mundo
 la madera,
 hasta ser constructora silenciosa
 cortada y perforada por el hierro,
 hasta sufrir y proteger
 construyendo
 la vivienda
 en donde cada día
 se encontrarán el hombre, la mujer
 y la vida.

Estas gentes de las casas de tabla tiene otra manera de pensar y sentir que las del centro de Chile. En cierta forma se parecen a la gente del Norte grande, de los desamparados arenales. Pero no es lo mismo haber nacido en una casa de adobes que en una casa de madera recién salida del bosque. En estas casas no había nacido nadie antes. Los cementerios eran frescos.

Por eso aquí no había poesía escrita, ni religión. Mi madre me lleva-

ba de la mano para que la acompañara a la iglesia. La iglesia del Corazón de María tenía unas lilas plantadas en el patio y para la novena todo estaba impregnado de ese aroma profundo.

La iglesia estaba siempre vacía de hombres. Yo tenía doce años y era casi el único varón en el templo. Mi madre me enseñó a que yo hiciera lo que yo quisiera adentro de la iglesia. Como yo no era religioso, no seguía el ritual y estaba casi siempre de pie cuando se cantaba y se arrodillaba la gente. Nunca aprendí a persignarme, nunca llamó la atención en la iglesia de Temuco que un chico irreverente estuviera de pie en medio de los fieles. Tal vez ha sido esto lo que me ha hecho entrar siempre con respeto en todas las iglesias. En aquella pequeña parroquia comenzaron mis primeros amores. Me parece recordar que se llamaba María, pero no estoy seguro. Pero sí recuerdo que todo aquel confuso primer amor o cosa parecida fué fulgurante, doloroso, lleno de conmociones y tormentos e impregnado por todos los resquicios de un penetrante aroma de lilas conventuales.

Pero la gente era muy descreída en aquella ciudad. Mi padre, mis tíos, los innumerables cuñados y compadres, de la mesa grande en el comedor, tampoco se santiguaban. Se contaban cuentos de cómo el huaso Ríos, el que pasó el puente del Malleco a caballo, había lacerado a un San José.

Había muchos martillos, serruchos y gente trabajando la madera y segando los primeros trigos. Según parece, a los pioneros no les hace mucha falta Dios. Blanca Hauser, que es de Temuco, su casa estaba en la plaza El Manzano, en cuyos bancos yo escribí ríos enteros de mala poesía, me contaba que una vez en un terremoto salieron corriendo un viejo y una vieja. La señora se golpeaba el pecho dando grandes gritos: ¡misericordia! El viejo la alcanzó, preguntándole: ¿cómo se dice señora, cómo se dice? "Misericordia, ignorante", le dijo la vieja. Y el viejo, hallándolo muy difícil, siguió trotando y golpeándose el pecho, repitiendo: "esa es la cosa, esa es la cosa"...

A veces me llamaban mis tíos para el gran rito del cordero asado. Estos Masson, ya lo he dicho, tenían sangre norteamericana, pero eran grandes criollos. La fuerte tierra virgen empapaba con sus emanaciones la sangre nórdica o mediterránea, transformándola en sustancia araucana. Corría mucho vino bajo los sauces y las guitarras sonaban a veces una semana. La ensalada de porotos verdes se hacía en las bateas de lavar. De mañana se oía el terrible lamento de los chanchos sacrificados. Para mí lo más pavoroso era la preparación del niachi. Cortaban el cuello del cordero y la sangre caía en una palangana que contenía los fuertes aliños. Mis tíos me pedían que tomara la sangre.

Yo iba vestido de poeta, de riguroso luto, luto por nadie, por la lla-

via, por el dolor universal. Y allí los bárbaros levantaban la copa de sangre.

Pero yo me sobrepuse y bebí con ellos. Hay que aprender a ser hombres.

Los centauros tenían su fiesta, la verdadera fiesta de los centauros: las topeduras. Cuando dos potros iban haciéndose famosos, como cuando dos hombres iban siendo notorios por sus fuerzas, se comenzaba a conversar primero y poco a poco iba perfilándose el torneo. Fué famoso el encuentro de "El Trueno" y "El Cóndor": uno negro y el otro gris, dos potros colosales. Hasta que llegaron a la vara.

Pero habían bajado los hombres, los jinetes montados de todas partes, de Cholchol y Curacautín, de Pitruquén y Gorbea, de Loncoche y Lautero, de Quepa, de Quitratúe, de Labranza, de Boroa y de Carahue. Y ahí los centauros, fuerza contra fuerza, se trataban de arrollar o de pasar primero por la vara. Los potros tiritaban de las pezuñas hasta los hocicos llenos de espuma. Eran mortales esos minutos en que no se movían. Después era "El Trueno" o "El Cóndor" el victorioso y veíamos pasar al héroe con sus grandes espuelas relumbrantes sobre el potro mojado. La gran fiesta seguía con cientos de comensales. Así está escrita por los sabios sureños:

"De aceituna una,
de vino una laguna,
y de asao
hasta quedar botao".

Entre esta gente violenta apareció un hombre romántico que tuvo mucha influencia sobre mí: Orlando Masson y está vivo, muy juvenil y a lo mejor está escuchándome en la sala. Fué el primer luchador social que conocí. Fundó un diario. Allí se publicaron mis primeros versos y allí tomé el olor a imprenta, conocí a los cajistas, me manché las manos con tinta.

Este hombre hacía violentísimas campañas contra los abusos de los poderosos. Con el crecimiento venía la explotación. Con pretexto de exterminar a los bandidos se desposeía de sus tierras a los colonizadores, a los indios se les mataba como si fueran conejos. Yo no creo que los araucanos hayan sido ni sombríos, ni tímidos, ni tontos. Así se hicieron a fuerza de experiencias terribles. Después de la independencia, después de 1810, los chilenos se dedicaron a matar indios con el mismo entusiasmo que los invasores españoles. Temuco fué el último corazón de la araucanía.

Orlando Masson protestaba por todo. Era hermoso ver ese diario entre gentes tan bárbara y violenta defendiéndolo a los justos contra los crue-

les, a los débiles contra los prepotentes. El último incendio que ví en Temuco fué el del diario de Orlando Masson. Se lo incendiaron de noche. El incendio en la frontera era un arma nocturna.

Orlando Masson escribía y publicó el primer libro de poesía impreso entre el río Bio-Bío y el Estrecho de Magallanes. El volumen se titula "Flores de Araucano". Leí aquellos versos con gran emoción. Orlando Masson recitaba sus monólogos o melopeas en el teatro. "El artista" y "El mendigo" eran los de más éxito. Para "El mendigo", en mi casa, mi madre y mis tías, le deshilachaban la ropa.

Era un hombre alegre, lleno de batallas.

El verano es abrasador en Cautín. Quema el cielo y el trigo. La tierra quiere recuperarse de su letargo. Las casas no están preparadas para el verano, como no lo estuvieron para el invierno. Yo me voy por el campo en busca de mi poesía. Ando y ando. Me pierdo en el cerro Nielol. Estoy solo, tengo el bolsillo lleno de escarabajos. En una caja llevo una araña peluda, recién cazada. Arriba no se ve el cielo. La selva está siempre húmeda, me resbalo, dé repente grita un pájaro, es el grito fantasmal del chuaco. Crece desde mis pies como una advertencia aterradora. Apenas se distinguen como gotas de sangre los copihues. Paso minúsculo, bajo los helechos gigantes. Junto a mi boca pasa una torcaza con un ruido seco de alas. Más arriba otros pájaros se ríen de mí con risa ronca. Encuentro difícilmente mi camino. Ya es tarde.

Mi padre no ha llegado. Llegaré a las tres o a las cuatro de la mañana. Me voy arriba, a mi pieza. Leo a Salgari. Se descarga la lluvia como una catarata. En un minuto la noche y la lluvia cubren el mundo. Allí estoy solo y en mi cuaderno de aritmética escribo versos. A la mañana siguiente me levanto muy temprano. Las ciruelas están verdes. Salto los cercos. Llevo un paquetito con sal. Me subo a un árbol, me siento cómodamente, como con cuidado una ciruela, la muerdo y escupo un pedacito, entonces las empapo en la sal. Me la como. Así hasta cien ciruelas. Ya lo sé que es demasiado.

Como se nos ha incendiado la casa, esta nueva es misteriosa. Subo al cerco y miro a los vecinos. No hay nadie. Levanto unos palos. Nada más que unas miserables arañas chicas. En el fondo del sitio está el excusado. Los árboles junto a él tienen orugas. Los almendros muestran su fruta forrada en felpa blanca. Sé como cazar los moscardones sin hacerles daño, con un pañuelo. Los mantengo prisioneros un rato y los levanto a mis oídos. Qué precioso zumbido.

Qué soledad la de un pequeño niño poeta, vestido de negro, en la frontera dulce y terrible. Qué misterio tiene la vida que los libros poco a poco me van dejando entrever.

No puedo olvidarme de lo que leí anoche, de la fruta del pan que salvó a Sandokan y a sus compañeros en una lejana Malasia.

No me gusta Búfalo Bill, porque mata a los indios, pero ¡qué buen corredor de caballo! ¡Qué hermosas deben ser las praderas y las tiendas cónicas de las pieles rojas! Por entonces comienzo a leer vorazmente. saltándome de Julio Verne a Vargas Vila, a Strindberg, a Gorki, a Felipe Trigo, a Diderot. Me enfermo de sufrimiento y de piedad con Los Miserables y lloro de amor con Bernardino de Saint Pierre.

El saco de la sabiduría humana se había roto y se desgranaba en la noche de Temuco. No dormía ni comía leyendo. No voy a decir a nadie nunca que leía sin método. ¿Quién lee con método? Sólo las estatuas.

Por todas las esquinas de la tierra se entra en el conocimiento. Para unos es un manual de geometría la revelación, para otros las líneas de un poema. Para mí los libros fueron como la misma selva en que me perdía, en que continuaba perdiéndome. Era un otras flores deslumbradoras, otros altos follajes sombríos, misterioso silencio, sonidos celestiales, pero también la vida de los hombres más allá de los cerros, más allá de los helchos, más allá de la lluvia.

Por ese tiempo llegó a Temuco una señora alta, con vestidos muy largos y zapatos de taco bajo. Iba vestida de color de arena. Era la Directora del Liceo. Venía de nuestra ciudad austral, de las nieves de Magallanes. Se llamaba Gabriela Mistral.

La ví muy pocas veces, porque yo tenía al contacto de los extraños a mi mundo. Además, no hablaba. Era enlutado, afilado y mudo.

Gabriela tenía una sonrisa ancha y blanca en su rostro moreno por la sangre y la intemperie. Reconocí su cara. Era la misma del palanquero Monge, sólo le faltaban las cicatrices. Era la misma sonrisa entre picara y fraternal y los ojos que se fruncían, picados por la nieve o la pampa.

No me extrañó cuando entre sus ropas sacerdotales sacaba libros que me entregaba y que fui devorando. Ella me hizo leer los primeros grandes nombres de la literatura rusa que tanta influencia tuvieron sobre mí.

Luego se vino al Norte. No la eché de menos porque ya tenía miles de compañeros, las vidas atormentadas de los libros. Ya sabía donde buscarlos.

Prometí tal vez demasiado en los subtítulos que anunciaban esta conferencia. Ya no alcanzo a tomar el tren nocturno a Santiago para embarcarme más anchamente en la vida. Mañana lo tomaremos juntos.

Retrocedo algunos años para contarles alguna historia de pájaros. En el lago Budi perseguían a los cisnes en forma feroz. Se acercaban a ellos sigilosamente en los botes y luego rápido, rápido remaban. Los cisnes, co-

mo los albatros, emprenden difícilmente el vuelo, deben correr patinando sobre el agua. Levantan con dificultad las grandes alas en la inicisión del vuelo. Los alcanzaban y a garrotazos terminaban con ellos.

Me trajeron un cisne medio muerto. Era una de esas maravillosas aves que no he vuelto a ver en el mundo, el cisne de cuello negro. Una nave de nieve y el cuello como metido en una estrecha media de seda negra. El pico anaranjado y los ojos rojos.

Esto fué cerca del mar, en Puerto Saavedra.

Me lo entregaron casi muerto. Yo bañé sus heridas y le empujé pedacitos de pan y de pescado a la garganta. Todo lo devolvía. Sin embargo, fué reponiéndose de sus lastimaduras, comenzó a comprender que yo era su amigo. Y yo comencé a comprender que la nostalgia lo mataba. Entonces cargando el pesado pájaro en mis brazos por las calles lo llevaba al río. El nadaba un poco, cerca de mí. Yo quería que pescara y le indicaba las piedrecitas del fondo, las arenas por donde se deslizaban los plateados peces del Sur. Pero él miraba muy lejos.

Así cada día, por más de veinte, lo llevé al río y lo traje a mi casa. El cisne era casi tan grande como yo. Una tarde estubo más ensimismado, también nadó cerca de mí, no se distrajo con las musarañas con que yo quería enseñarle de nuevo a pescar. Se estubo muy quieto y lo tomé de nuevo en brazos para llevármelo a casa. Entonces, cuando lo tenía a la altura de mi pecho, sentí que se desenrollaba una cinta, algo como un brazo negro me rozaba la cara. Era su largo y ondulante cuello que caía.

Así supe que no cantan los cisnes al morir, cuando mueren de tristeza.

Siento que esta tarde los he decepcionado. No les he hablado gran cosa de mi poesía. En realidad entiendo bien poco de esta materia. Por eso me fuí sin prisas andando con ustedes por mi infancia. Tal vez, de todas estas plantas, soledades, vida violenta, salen los verdaderos, los secretos, los profundos *Tratados de Poesía* que nadie puede leer porque nadie los ha escrito. Se aprende la poesía paso a paso entre las cosas y los seres, sin apartarlos sino agregándolos a todos en una ciega extensión de amor.

Una vez buscando los pequeños objetos y los minúsculos seres de mi mundo en el fondo de mi casa en Temuco, encontré un agujero en una tabla del-cercado. Miré a través del hueco y ví un terreno igual al de mi casa, baldío y silvestre. Me retiré unos pasos, porque vagamente supe que iba a pasar algo. De pronto apareció una mano. Era la mano pequeña de un niño de mi misma edad. Cuando acudí no estaba la mano porque en lugar de ella había una maravillosa oveja blanca.

Era una oveja de lana desteñida. Las ruedas se habían escapado. Todo esto lo hacía más verdadera. Nunca había visto yo una oveja tan linda.

Miré por el agujero, pero el niño había desaparecido. Fui a mi casa y volví con un tesoro que le dejé en el mismo sitio: una piña de pino, entreabierta, olorosa y balsámica, que yo adoraba. La dejé en el mismo sitio y me fui con la oveja.

Nunca más ví la mano ni el niño. Nunca tampoco he vuelto a ver una ovejita como aquella. La perdí en un incendio. Y aún ahora en este 1954, muy cerca de los cincuenta años, cuando paso por una juguetería, miro aún furtivamente a las ventanas. Pero es inútil. Nunca más se hizo una oveja como aquella.

Yo he sido un hombre afortunado. Conocer la fraternidad de nuestros hermanos es una maravillosa acción de la vida. Conocer el amor de los que amamos es el fuego que alimenta la vida. Para sentir el cariño de los que no conocemos, de los desconocidos que están velando nuestro sueño y nuestra soledad, nuestros peligros o nuestros desfallecimientos, es una sensación aun más grande y más bella porque extiende nuestro ser y abarca todos los seres.

Aquella ofrenda traía por primera vez a mi vida un tesoro que me acompañó más tarde: la solidaridad humana. La vida iba a ponerla en mi camino más tarde, destacándola contra la adversidad y la persecución.

No les sorprenderá entonces que yo haya tratado de pagar con algo balsámico, oloroso y terrestre la fraternidad humana. Así como dejé allí aquella piña de pino, he dejado en la puerta de muchos desconocidos, de muchos prisioneros, de muchos solitarios, de muchos perseguidos, mis palabras.

Esta es la gran lección que recogí en el patio de una casa solitaria, en mi infancia. Tal vez sólo fué un juego de dos niños que no se conocen y que quisieron comunicarse los dones de la vida. Pero este pequeño intercambio misterioso se quedó tal vez depositado como un sedimento indestructible en mi corazón alimentando y encendiendo mi poesía.

DOS MOMENTOS DE UN DÍA

MARIA ROSA OLIVER

El frente de la casa de Pablo Neruda, en Santiago, mira hacia los Andes. Detrás se extiende un jardín con parral, muchas flores, altos aguacates, generosos castaños y otros árboles a cuya sombra crecen helechos y plantas tropicales, como si la casa en sí tuviera el poder de resguardar del viento helado de la cordillera, a aquel cerrado y verde paraíso.

Al fondo del jardín, un tablado, cubierto y rústico, está apartado del ir y venir matinal de la casa y de los papagallos amazónicos — coral pálido el uno y verdeazul el otro — que de entre las ramas de los aguacates lanzan, al aire, intempestivos gritos guturales y, al suelo, paltas picoteadas.

Hacia aquel entre escenario y establo de Belén, va, desde temprano en las mañanas, Pablo Neruda. Cuando al mediodía vuelva a la casa, suele traer un poema terminado. Por lo menos así trajo el "Canto a Guatemala".

Comenzó a leerlo ahí, a cielo abierto, y a medida que lo iba leyendo, la tierra de los mayas, con su transparencia de esmeralda y su resistencia de diamante, su gente de estirpe multimilenaria y llena de esperanza nueva, con su maíz, su limpieza y su gallardía, a la vez que crecía a un tamaño mayor que el de su geografía, parecía caber en el jardín del poeta, y llenarlo, y como un niño que se lleva en brazos quemar de ternura nuestros corazones.

Por la noche, los amigos ofrecían a Pablo Neruda una comida festejando la aparición de "Las Uvas y el Viento". Entre los amigos estaba Juan José Arévalo, quien ni sospechaba la existencia del canto a su país brotado en un jardín chileno, esa misma mañana. El poeta lo leyó de pie, circundado por un silencio que parecía ser el de la respiración contenida de medio continente. Arévalo escuchaba inmóvil, pálido de emoción. Evocada por Neruda, como el conjuro de su voz con jugosa y pausada cadencia americana, la pequeña gran patria de Arévalo, total, con sus hombres y sus la-

gos, se hacía presente. Y también la voluntad nuestra, la voluntad de cada uno de y todos nosotros de estar junto a ella, de defenderla en estos días de infame amenaza, de siniestra confabulación contra su derecho a ser libre.

Muy brillantes, como agrandados por las lágrimas que suben sin caer, se veían los ojos azules de Arévalo cuando abrazó a Pablo Neruda. En ese abrazo —lo sabíamos— se estrechaban también los mineros chilenos del cobre con los trabajadores guatemaltecos de la "United Fruit Company", y todos aquellos que, en estas horas, sufren persecución por tener hambre y sed de justicia.

Fueron dos momentos del 3 de abril de 1954, a mediodía y a medianoche. Estas líneas son un testimonio dado por quien los vivió.

A GUATEMALA

PABLO NERUDA

Especial para CAPRICORNIO.

Guatemala
 hoy
 te
 cauto.
 Sin razón,
 sin objeto,
 esta mañana
 amaneció
 tu nombre
 a mi boca,
 verde, rocío,
 frescura matutina,
 recordé
 las lianas
 que atan
 con su cordel silvestre
 el tesoro sagrado
 de tu selva.

Recordé en las alturas
 los cauces invisibles
 de tus aguas,
 sonora
 turbulencia secreta,
 corolas amarradas
 al follaje,
 un ave
 como súbito zafiro,
 el cielo desbordado,
 lleno como una copa
 de paz y transparencia.

Arriba
 un lago
 con un nombre de piedra.
 Amatitlán se llama.
 Aguas, aguas del cielo

lo llenaron,
aguas, aguas de estrellas
se juntaron
en la profundidad aterradora
de su esmeralda oscura.
En sus márgenes
las tribus
del Mayab
sobreviven.

Tiernos, tiernos
idólatras
de la miel, secretarios
de los astros,
vencidos
vencedores
del más antiguo enigma.

Hermoso es ver
el vestido esplendor
de sus aldeas,
ellos
se atrevieron
a continuar llevando
resplandecientes túnicas,
bordados amarillos,
calzones escarlatas,
colores
de la aurora.

Antaño
los soldados
de Castilla enlutada
sepultaron América,
y el hombre
americano
hasta ahora
se pone la levita
del notario extremeño,
la sotana
de Loyola.

España
inquisitiva,
purgatoria
enfundó los sonidos
y colores,
las estirpes de América,
el polen, la alegría,
y nos dejó su traje
de salmantino luto,
su armadura
de trapo inexorable.

El color sumergido
sólo en ti sobrevive,
sobreviven, radiosos,
los plumajes,
sobrevive
tu fresca de cántaro,
profunda
Guatemala,
no te enterró la ola
sucesiva
de la muerte,
las invasoras alas
extranjeras,
los paños funerarios
no lograron
ahogar tu corola
de flor resplandeciente.

Yo vi en Quetzaltenango
la muchedumbre
fértil
del mercado,
los cestos
con el amor trenzados,
con antiguos
dolores,
las telas
de color turbulento,
raza roja,

cabezas de vasija,
perfiles
de metálica azucena,
graves miradas, blancas
sonrisas como vuelos
de garzas en el río,
pics de color de cobre,
gentes
de la tierra,
indios
dignos como
monarcas de baraja.

Tanto
humo cayó
sobre tus rostros, tanto
silencio
que no hablaron
sino con el maíz, con el tabaco,
con el agua,
estuvieron
amenazados por la tiranía
hasta en sus erizados territorios,
o en la costa
por invasores norteamericanos
que arrasaron la tierra,
llevándose los frutos.

Y ahora
Arévalo elevaba
un puñado de tierra
para ellos,
sólo un puñado
de polvo germinal, y es eso
sólo eso Guatemala,
un minúsculo
y fragante
fragmento de la tierra,
unas cuantas semillas
para sus pobres gentes,
un arado
para los campesinos.

Y por eso
cuando Arbenz
decidió la justicia,
y con la tierra repartió fusiles,
cuando los
cafeteros
feudales
y los aventureros de Chicago
encontraron
en la casa de gobierno
no un títere despótico,
sino un hombre,
entonces
fué la furia,
se llenaron
los periódicos
de comunicados:
ardía Guatemala.
Guatemala no ardía.
Arriba el lago
Amatitlán quieto como mirada
de los siglos,
hacia el sol y la luna relucía,
el río Dulce
acarrea
sus aguas primordiales,
sus peces y sus pájaros,
su selva,
su latido
desde el aroma original de América,
los pinos en la altura
murmuraban,
y el pueblo simple
como arena o harina
pudo, por vez primera,
cara a cara
conocer la esperanza.

Guatemala,
hoy te canto,
hoy a las desventuras del pasado

y a tu esperanza canto.
A tu belleza canto.

Pero quiero
que mi amor de defienda.
Yo conozco
a los que te preparan una tumba
como la que cavaron a Sandino.
Los conozco. No esperes
piedad de los verdugos.
Hoy se preparan
matando pescadores,
asesinando peces de las islas.

Son implacables. Pero
tú, Guatemala, eres
un puño y un puñado
de polvo americano con semillas,
un pequeño puñado
de esperanza.
Defiéndelo, defiéndenos,
nosotros
hoy sólo con mi canto,
mañana con mi pueblo y con mi canto
acudiremos
a decirte "aquí estamos",
pequeña hermana,
corazón caluroso,
aquí estamos dispuestos
a desangrarnos para
defenderte,
porque en la hora oscura
tú fuiste
el honor, el orgullo,
la dignidad de América.

PARA UNA DEFINICIÓN LITERARIA DEL AMOR

JOSE EDMUNDO CLEMENTE

La impaciencia del hombre por anudar pasiones y sentimientos a conceptos que los retengan, le lleva a perseguir, infatigable, esa fuerza desconocida y poderosa llamada *amor*. En Platón, es anhelo de perfeccionamiento; en San Agustín, gravitación hacia lo amado; en Stendhal, cristalizada ficción; en Freud, sublimación del sexo; en Scheler, movimiento espiritual que busca el más alto valor de la persona amada. El amor lo es todo. Engendra goces y desventuras; con él, la vida cotidiana pierde su monotonía y avanza hacia lo imprevisto, hacia la dicha del descubrimiento, hacia el dolor purificador. Ortega comenta que en el mito caldeo de Izdubar-Ninrod, la diosa Ister, desdeñada, amenaza con destruir todo lo creado sin más que suspender un instante las leyes del amor.

Pero el hombre no se conforma con la mera definición. Una vez tomada confianza, intenta urgar el vientre íntimo del amor. Desde el origen celeste, atribuido al idealismo platónico, hasta la venosa raíz preconizada por el psicoanálisis, muchas son las teorías que han querido atrapar su chispa generadora. Filósofos y psicólogos disputan laureles en un terreno impar, cuyas elevaciones se acomodan a una visual alta y abstracta o cuyas playas se hunden en las aguas abisales de la subconciencia. Confiamos en que ninguno arrije a su tranquilo secreto; que sea vana la pretensión de querer determinar con inventada facilidad su origen mágico. El amor sabrá defender su último velo de la torpeza iconoclasta. Si algún día la curiosidad atea llegara a profanar su fuente originaria, perdería su único encanto: la ilusión; su misterio. Ya no sería más *amor*.

Apartada la vanidad investigadora, conformémonos con una simple definición. Platón fué de los primeros y que con mejor esfuerzo lo ha intentado. Para él, amor es anhelo de perfección; aspiración de belleza. Aspiración de algo sublime y elevado por cuanto no se aspira aquello que está debajo de nuestra latitud. Desde el momento en que se lo desea, se lo coloca en una escala superior a fin de lograr la perspectiva adecuada para *admirarlo*. A partir de ese instante, nos preocupamos, a nuestra vez, de que la persona elegida encuentre en nosotros motivos de admiración. El temor de no reunir la atracción necesaria es lo que el psicoanálisis denominó veinte siglos después "complejo de inferioridad".

La oportuna mención del psicoanálisis ubica al vulgarmente llamado "amor platónico" en contraposición con las teorías médicas que exageran

los caracteres fisiológicos del amor. No me refiero a Freud; para Freud, si bien el origen del amor está en el sexo, el amor como sentimiento desarrollado no es *solamente* sexual. La apresurada interpretación de Platón y de Freud ha concluido por hacerlos enemigos. En verdad, ambos se complementan; ninguno descuida la parte integradora del amor, espiritual o somática.

Continuando con el principio, Platón considera que a la belleza ideal —belleza perfecta que habita en el mundo de las ideas— se llega gradualmente desde las cosas mundanas; sirviéndose de las “bellezas de aquí” como peldaños hacia la beldad mayor que corona la meta. El planteamiento, ampliamente tratado en *El Banquete*, no excluye su reverso, la “descensión” del amor idealizado a nuestra vecina realidad terrenal, a su nevadura biológica. “Hay que cuidar solícitamente y en la medida de lo permitido de ambos amores, que a los dos se los tiene adentro”, previene por boca de Eryximaco. Amar es apetencia de “hacer del bien su caudal eterno”, pero esta apetencia lo es de “engendramiento y procreación” por cuanto amor “busca en su derredor algo bello en qué engendrar, que ante lo feo se vuelve impotente”. Mucho más tarde, Frankl, *Psicoanálisis y existencialismo*, hace suyas estas palabras al afirmar que el amor auténtico no necesita, en sí, de lo corporal ni para despertar ni para realizarse, pero se sirve de ello para ambas cosas.

Como vemos, la síntesis del llamado “amor dórico” porea por lo menos dos raíces sustanciales; una de ellas, porosa y orgánica, se hunde en las entrañas nutricias de la sangre; la otra, nubosa y etérea, en las regiones abstractas de la perfección visualizada. Indudablemente, la unicidad feliz de ambas se realiza con poca frecuencia, y, en este sentido escéptico de la perfección, el amor platónico, sería casi imposible, ideal; del más puro ideal que ha enseñado la humanidad clásica: de la idea maridada con la forma, que es carne de la idea.

La atención del ideal clásico, ayudará a tomar en su justa medida el concepto *amor-y-belleza*. Recorro de nuevo a Ortega: “amar es algo más grave y significativo que entusiasmarse con las líneas de la cara y el color de una mejilla”; y, al referirse concretamente a Platón, puntualiza: “En Platón la belleza no significa propiamente la perfección de un cuerpo, sino que es el nombre de toda perfección”. El objeto del amor no sería entonces para el filósofo griego sólo la belleza, sino el deseo de crear y procrear en belleza. Teodoro Reik, *El amor visto por un psicólogo*, pretende restarle autoridad, al paso que critica a Freud por utilizar palabras con sentido platónico. No obstante su opinión: “Lo que es aceptable en un filósofo que vivió hace 2300 años no lo es en un psicólogo contemporá-

neo”, él mismo, sin sospecharlo, se ocupa en glosar ideas platónicas cuando afirma: “el amor comienza con un ávido deseo de perfeccionamiento”; o, al comentar: “cualquiera sean las explicaciones que demos a los demás, la verdadera causa que prepara el terreno para el enamoramiento es esa *sensación de incompetencia o ineficiencia personal*”. Obsérvese, el punto de partida vendría a ser otra vez el sentimiento de la propia deficiencia y la necesidad de perfección.

El trabajo de enfrentar definiciones enemigas sería largo. Ellas no coincidirán literalmente, pero sí en espíritu. Lo natural es que coincidas en una misma sensación, aunque diferamos en la manera de expresarla. En el fondo, las pasiones básicas —amor, odio, miedo— poseen el mismo movimiento instintivo y sería imposible abarcar la experiencia de todos los hombres en un solo trazo. En el amor, las definiciones, aún las más contradictorias, parecen legítimas porque son, como las variadas definiciones de la belleza, esencialmente iguales.

La definición del amor es viva, personal, actuante; nunca estática y calificable. Es ternura ingenua en *Dafnis y Cloe*; posesión luminosa, en la *Sonata de Verano*; dividida experiencia, en *Carne y espíritu*; acentuado predominio del espíritu sobre las debilidades de la carne en *El embrujo de Sevilla*; distorsión de sentimientos naturales, en *El pozo de la soledad*. No siempre el impulso se remite a las “formas tocables”; existen otras sublimadas hacia la ciencia, la investigación, el arte. Se trata de una de las más obsesiones maneras de amar porque elude el posible desengaño del amor topográfico. Sólo ama ideas, en cuyo reino se siente a cubierto de inconstancias y en correspondencia absoluta. La vida privada de los grandes solitarios es aquí ejemplo fácil.

A estas formas del amor, nacidas del oportuno cruce de miradas o del anhelo de perfección; sigue otra, quizá la menos afortunada: el amor al hombre; a ese eterno imperfecto y desagradecido; a esa tea-de-carne blasfematoria. Amor heroico, carece de la elemental ilusión de todo amor; sabe que lo que quiere es ruín, carroña rebaña y altanera. Y sin embargo lo ama; lo ama con un amor anónimo y maldecido. Almafuer y Whitman, entre otros, se entregaron sin vacilación a este sacrificio.

Las energías amoratorias no jerarquizan la dirección; simplemente la depositan. Es muy conocida la historia sentimental de la modesta protagonista de Flaubert, *Un corazón sencillo*, quien dirige sus mejores entusiasmos al cuidado de un travieso loro y de objetos aparentemente inanimados, que cobran en sus manos las imponderables vibraciones del recuerdo. Muchas veces no nos damos cuenta hasta qué punto cosas y seres humildes

deciden los aspectos más delicados de nuestra vida. La infancia, sin forzar la memoria, está habitada por objetos y pequeños seres dóciles a nuestra nostalgia presente.

Al par de las experiencias vividas correspondería, luego, buscar una definición del amor al alcance de nuestra comprensión familiar y sin menoscabo de los rincones domésticos, inadvertidos en la ocupación paciente y especializada del filósofo. Agregar, a las inevitables valoraciones axiológicas, una aproximación literaria. El escritor, por la calidad de sus observaciones, se sitúa en lugares donde abundan las vivencias sensoriales del amor. Solvo Sócrates, que confiesa por intermedio de Platón "no saber cosa alguna fuera de cosas del amor", los filósofos, en general, desdeñan tratarlo seriamente por considerarlo una de las tantas pasiones periféricas del ser. Le ceden el trabajo a los psicólogos, quienes, a su turno, recurren con frecuencia a ejemplos literarios; cuando no hacen mala literatura de sus ejemplos.

Resulta difícil y anodino teorizar sobre el amor; aquí, la experiencia personal es decisiva y la única que cuenta. Cada cual posee una realidad que no puede modificar un extraño con simples esquemas mentales. Solamente se lo comprende vivido, dentro de una trama argumental y no como frase luciente y aislada. Además, las circunstancias concretas le infunden el calor que justifica ciertas acciones y que no se trasluce en las complejas teorías de gabinete, cuya dificultad, casi siempre, es fruto del escepticismo o de la incapacidad de amar. La mayor sorpresa del amor tal vez consista en su sencillez; en ser, como lo dice Benavente, sólo "un deseo dulce de llorar".

En un plano ciudadano, la frase popular "la quiero porque la quiero", concluye de manera prepotente con los poblados razonamientos sin respuestas del amor. Según ella, se ama porque sí; como se vive y como se muere. Como se lleva en el ser el misterio del destino, se lleva en el corazón el imperio de vivir; que no es otra cosa que el imperio de amar; de sentirnos prolongados en el futuro. Eternos.

NERUDA Y SU CANTO ÉPICO AMERICANO

FERMIN CHAVEZ

Fué nuestro primer intento hablar solamente de Neruda poeta, pero se nos ha hecho indispensable hablar de Neruda *poeta de nuestro tiempo* (y de nuestro tiempo americano). Hay una fórmula, perenne si se quiere, que siempre ha de servirnos muy bien para situar al poeta chileno y a su obra en un cuadro de categorías estéticas; tal fórmula se repite en el tiempo y en el espacio, enriqueciéndose y actualizándose. Alguien entre nosotros dijo sobre las cuerdas de la llanura argentina: "porque yo canto opinando". Y un gran europeo, cuyas actitudes políticas fueron terminantes, perfeccionó después la frase herndiana, escribiendo: "Que soit bñie la foi des hommes qui osent renouveler la figure du monde selon l'idéal qu'ils cherissent".

Tanto nuestro Hernández como Pierre Drieu La Rochelle nos dan aquí la pauta de la nueva poesía, de aquella que va de lo individual a lo social, de la virtud personal del amor a la virtud civil de la justicia, del esteticismo al humanismo, de lo puramente lírico a lo eternamente épico.

Decir que nada hizo tanto mal al arte como el racionalismo, puede resultar una perogrullada. Pero hoy las perogrulladas no suelen ser universalmente admitidas y aceptadas. Afirmar que la poesía debe tener un sentido y cumplir alguna misión (o servicio) puede parecer cosa de sentido común; pero en alguna parte hemos oído repetir que el sentido común es el menos común de los sentidos. O que es demasiado aristotélico para ser actualizable. En fin, esto no tiene otro objeto que hablar de un Neruda poeta consciente de su tiempo americano; es decir, de un escritor que se ha plantado frente al racionalismo individualista de su época, proclamando sus raíces americanas y renegando de los viejos dioses.

El mundo de hoy divide a los poetas en dos especies fundamentales: en la especie de los que quieren dejarlo como está, y en la de aquellos que *quieren cambiarle la cara según un ideal*. Pues, Pablo Neruda pertenece a esta última especie.

Confesemos que nuestra militancia política nos coloca frente a Neruda patentemente en el bando opuesto, y que por tanto muchas veces debemos padecer sus pullas y sus espolones. Y sus insultos. Pero Neruda es antes que nada un poeta que se pone al servicio de algo cuya grandeza yo no pongo en duda. Neruda es un poeta político y es como tal que me interesa.

El desarrollo de la poesía de Neruda es una enseñanza. La vital enseñanza de quien comienza siendo un lírico neorromántico de singular calidad,

para acabar siendo el gran poeta épico del Continente. La primera etapa de búsqueda transcurre del sensualismo más afiebrado ("Crepusculario") al más recargado barroquismo ("Residencia en la Tierra"). La segunda etapa, es la culminación del hombre-americano-Neruda que brinda al Continente su enorme "Canto General".

Se nos ocurre que el "Canto General" es la plenitud de Neruda, donde el poeta ha hundido a fondo su pedal por última vez. Cualquiera sea el futuro creador de Neruda, su categoría más alta no alcanzará ya los primeros escalones de piedra de sus "Alturas de Macchu Picchu". Entiéndase que hablo como americano y no como ciudadano universal. Aun quien no haya visto con sus propios ojos los muros sur-peruanos tiene que inclinarse ante los augustos versos cuya profundidad sobrecoge: "Yo te interrogo, sal de los caminos, — muéstrame la cuchara, déjame, arquitectura. — roer con un palito los estambres de piedra, — subir todos los escalones del aire hasta el vacío, — rascar la entraña hasta tocar el hombre".

La obra de arte es el fruto del equilibrio; es siempre el resultado de un proceso en que los más diversos (y aún opuestos) elementos se fusionan bajo un orden esplendoroso. ¿Será verdad que la belleza es el "splendor ordinis"? Se nos ocurre que en poemas como "Alturas de Macchu Picchu", "El corazón magallánico", el "Nuevo Canto de Amor a Stalingrado" y "Coral" de Año Nuevo para la Patria en tinieblas", el poeta llega a la culminación de todos los elementos sustanciales del poema: analogías, alegorías, ideas, intuiciones, insultos, panfletos, celebraciones. Es decir, pasiones de un hombre concreto americano.

Generalmente, frente a la obra de Neruda reaccionan en actitud negativa todos los que aspiran a que el mundo siga como está. Así cuando Vintila Horia escribe en uno de los últimos números de "Cuadernos Hispano-americanos": "El poeta Neruda se ha transformado en efecto en un arma política, y si los seudopoemas del *Canto General* no bastan para convencer a los que creen todavía en la doble existencia de la poesía y de la política, y que siguen admirando al poeta Neruda como a un cisne rojo sin relación alguna con las aguas sucias en que hoy suele nadar, ofrecemos a los admiradores del purísimo... etc." El conservadorismo es una enfermedad hereditaria, y de ello no tiene la culpa el poeta chileno sino, los ascendientes espirituales de nuestro amigo Horia.

Otro ataque que últimamente se hecho al poeta chileno se concreta más o menos así: Neruda odia a España. Podríamos contestar a los españoles que eso dicen simplemente transcribiendo entrañables versos de doloroso amor a la Madre España ("Madre natal, puño — de avena endurecida, — planeta — seco y sangriento de los héroes!"), pero preferimos dejar hablar al redactor de la revista católica chilena "Estudios", don Jaime Martínez,

al referirse a ciertas afirmaciones de Leopoldo Panero. Este, dice Martínez, "parece confundir dos cosas muy diversas: es verdad que en muchos trozos del *Canto General* se trata en forma violenta a hombres y hechos de la historia hispánica, así como a los ideales inspiradores de sus mejores hazañas, pero creemos que sería una aberración sostener que Neruda odia a España. Pocos han escrito sobre la Península líneas tan bellas y cargadas de tanto amor como él en algunos de sus versos. Ahora que entiende de ella sólo lo que su ideología le permite entender, y odia con violencia lo que la política no le deja amar". Exactamente —decimos nosotros— lo que sucede con muchos hispanos del bando contrario. que no ven de Neruda más que su comunismo confeso.

No somos marxistas, repetimos, y nuestra formación así lo justifica, pero sentimos frente a Neruda la admiración que suele tenerse por una personalidad que ha logrado superar el egoísmo de su época, tratando de llegar al pueblo y sus problemas. Admiración que quisiéramos para nuestros poetas revolucionarios (Brasillach, Drieu, Arón Cotrus, Leonardo Castellani) de parte de aquellos que militan en un bando distinto.

Claro está que existe un Neruda sujeto a reparos importantes, que no es otro que aquel que pierde su punto de equilibrio necesario en obras donde lo político y lo poético no logran ordenarse venturosamente. Así el Neruda de muchos de sus últimos poemas, en que prevalece una fórmula discursiva en grado sumo y donde el peso de los elementos puramente políticos se sobrepone unilateralmente a los elementos de esplendor interior. Pero ello se cumple quizá por designio consciente del poeta, como bien lo probaría su libro *Poesía Política*, en que se han mezclado sin discriminación poemas verdaderos y discursos políticos. Créemos en este sentido muy acertadas las palabras de otro crítico chileno, Hugo Montes, cuando afirma: "Estos discursos serán todo lo interesante que se quiera desde el punto de vista político, sin duda tienen importancia para la historia externa de la creación de Pablo Neruda, por cierto que están hechos con corrección, y a veces con belleza, pero ninguno de estos títulos les da derecho para integrar un libro cuyo título lleva por palabra inicial la palabra poesía".

De Neruda podrían decirse múltiples cosas en estos momentos. Pero para hacerlo habría que hablar también del momento americano. Es decir, de la monoproducción de materias primas. De la United Fruit. De la mentira que las agencias noticiosas llevan y traen. De los estados-libres-asciados. De los buques requisados. De las almas aqresadas por el dólar. Pero todo esto es historia del día presente, y quién sabe lo que nos depara el próximo día. Quién sabe qué proclamas escucharemos, cuando los cadáveres de las últimas batallas aun no se han acabado de podrir en las costas del mundo.

NERUDA EN AMÉRICA

PEDRO G. ORGAMBIDE

Cuando la poesía narra la aventura del hombre, cuando sus materias — dulces o violentos — irrumpen desde la vida hacia el arte, entonces, inevitablemente, alcanza la verdad. "Ni el que impreca con salud de forajido, ni el que llora con gran sometimiento, quedan fuera de la casa de las musas poesía. Pero aquel que rie; ése está fuera". Estas palabras de Neruda, escritas en la isla de Java, en 1931, explican más que un arte poética, una actitud de vida, un compromiso de fidelidad con la odisea humana. Ni hoy ni entonces Neruda rió con el juego de azar de la poesía pura, no jugó sólo los dados del quehacer poético, aunque entonces, sí, viviera en los sombríos túneles iluminados por relámpagos de furia de sus residencias terrestres, por la canción desesperada de sus cantos de amor.

Hoy Neruda ha conquistado su derecho a la esperanza. Y desde luego esto fastidia a quienes niegan este derecho al hombre. Además ha vuelto sus ojos hacia América, ha puesto su corazón en el combate, ha derribado el infimo imperio del poeta en su casa. No en vano llevó a "España en el corazón" golpeando con sus puños los cristales de su propia lágrima. Y hoy, cuando el juego es casi una traición al hombre, cuando hasta la libertad es un compromiso, Neruda significa una esperanza. Y ella forma el patrimonio común de los americanos, de los hombres oscuros, del barro elemental con que Neruda construye su destino.

Sabemos que la integración de Neruda a la peripecia americana no es obra del azar ni de la simpatía mesiánica que sienten algunos escritores por el pueblo. Eso es demasiado poco. Quien hundió su mano "turbulenta y dulce en lo más genital de lo más genital de lo terrestre", quien ascendió a las "Alturas de Machu - Pichu", a la piedra y el cielo americano, estaba preparado para defender su herencia, lo más valioso de su amor: esa criatura humana que justifica el canto.

Las nuevas etapas de Neruda (el "Canto General", "Las uvas y el Viento", las "Odas Elementales") son y serán discutidas. Y es justo que sea así. (No hay nada peor en América que los poetas canonizados a los que nadie discute). Pero habrá que dudar de los que acusan a Neruda de ser "demasiado claro", hermanos gemelos de los que ayer acusaban a la poesía de vanguardia de ser "demasiado oscura". Es lógico que la integración de Neruda a lo americano esté acompañada de una transformación de su instrumento poético. Por otro lado esto es posible no sólo, por el talento personal de Neruda sino también por las mutaciones de la poe-

sía de su país, una de las más evolucionadas de América. Y muestra, en la evidencia de la obra creadora, que el poeta debe avanzar superando las contradicciones formales de su propia poesía, en constante e inevitable transformación. Más aún en este caso, cuando vida y poesía son una y la misma cosa, cuando es el hombre el que se vuelca imperiosamente hacia el mundo.

Neruda ha sido un gran viajero. Ha conocido los mares, los pueblos y las islas distantes. Ha conocido ciudades y mercados; ha conocido el amor de las mujeres y la fraternidad de los hombres; ha visto los soldados de España, las barricadas en los pueblos calcinados de sol, de sangre y heroísmo. Ha conocido el mundo. Y ahora ancló su corazón en América, en la piedra peruana que lleva el nombre de Vallejo, en la isla de Haití donde alguien recuerda a Jacques Roumain, en los héroes anónimos, en los mineros y los hombres del salitre de Chile, en los braceros del Paraguay o del Brasil, en la tierra de Darío, de Martí, en la geografía ardiente que incorpora a su canto. Neruda ha regresado, no como el hijo pródigo, no como el profeta de los viajes, sino como el labrador que siembra en la esperanza de una nueva "primavera humana".

Como dijera García Lorca, Neruda es un poeta que está más cerca de la sangre que de la tinta. Y aunque ya no trae el mundo vegetal, ardiente y sonámbulo de sus residencias, aunque sus furias y sus penas encuentran un sentido más alto que las trasciende, él emerge de la desesperanza, de la soledad que puede abandonar. "Bestia no vi ninguna como aquella", dice ahora. Por eso tal vez sea más conmovedor este reencuentro, esta necesidad de la alegría, que los que lloran, los que impacian, necesitan para comprenderse, para comprenderlo.

La residencia americana de Neruda indica un camino a los jóvenes poetas. El cantor del amor, el neo-romántico, el poeta impuro, el viajero (que fué el guía de dos generaciones nerudianas) hoy se incorpora al drama común, al drama americano del que somos parte. Este cambio de orientación, este golpe de brújula en la poética del maestro, podrá desconcertar, pondrá en conflicto a los jóvenes poetas. Se seguirá o no la poética nerudiana. Pero inevitablemente todo poeta entroncará con los conflictos de la realidad, tratará de expresarlos. Y allí se encontrará con él, con el lúcido huésped de la tierra americana. Porque sólo cabe habitar dramáticamente nuestro mundo, desentrañarlo en su epopeya, aventurarnos con osadía en su futuro.

América, camino de la codicia, ruta de los conquistadores, nunca estuvo libre de amenazas, Frente a ellas — y en un acto que adquiere je-

rarquía de símbolo — sus grandes poetas retomaron el mito heroico, las máscaras de Caupolicán y Tupac-Amaru en el tormento, las vidas de sus guerreros o bien, como en el caso de Neruda, la batalla diaria contingente, del hombre americano. Nacidos en rebelión, necesitamos compartir nuestro sueño, nuestro dolor de hombres. Y Neruda ha encontrado a sus hermanos. "No está sola la semilla en la tierra", dice, Y su anhelo de libertad es nuestro porque ha sido nuestra su desesperanza. Por eso, tal vez, su libertad de hombre pueda medirse por los objetivos de su fe. Ellos orientan el ímpetu poético de este ciudadano americano. Y por eso — y porque el poeta reclama una militancia con la vida — sus poemas son un testimonio de esa libertad, del combate para conquistarla.

Neruda sabe por experiencia lo que significa defender la libertad del hombre. Lo ha comprobado en la persecución y en el exilio. Pero también en el cálido abrazo de los hombres de Chile, en la solidaridad de los poetas americanos, en el odio de los conquistadores y en el amor sin tregua de los desposeídos. Sus enemigos ya no niegan una posición poética (aunque sus ataques a veces se disimulan en las interminables polémicas sobre la estética nerudiana) no niegan la labor de un poeta, sino su posición frente al mundo — en el mundo —. Y lo hacen, paradójicamente, en nombre de la libertad. Libertad para el pequeño poema, para los jóvenes Narcisos, para las señoras y los minúsculos dioses de la hora del té, libertad para cerrar las puertas y ventanas, para la soledad selecta, para las torres que derrumba el ímpetu del tiempo. Desde luego, no es esa la libertad que defiende Neruda. El se debe a otros hombres. El es responsable ante ellos de lo que haga con su libertad.

Hace algunos años, durante su estadía en Buenos Aires, Neruda ocupó una tribuna junto a otros poetas, entre ellos el cubano Nicolás Guillén y los españoles Rafael Alberti y León Felipe. También habló recordando a Miguel Hernández y dos o tres veces sobre sus viajes y su poesía. Los jóvenes se reunieron a su alrededor, le entregaron sus versos, sus dudas, el testimonio de su verdad. El escuchó y habló con ellos, hermano mayor, camarada en el difícil arte de vivir y de expresar lo que se vive. Ya en ese entonces, de viva voz, dijo lo que sus libros ahora confirman: la necesidad de integrarse al drama americano. Y también habló de su infancia en Temuco, de las goteras musicales de una casa, de una noche de Java, de los días de la guerra española. Después los diarios trajeron la noticia del Neruda *sacudido*, del Neruda político, los días de Pisagua, el "Yo Acuso" del senador chileno. Y nosotros pensábamos en el poeta del amor, en el hombre que escuchábamos un día en Buenos Aires, en el hermano mayor que hablaba de la vida. Y nos sentíamos menos solos porque había

un poeta en alguna parte de América defendiendo nuestra esperanza. Y si antes amábamos la fuga al África de Rimbaud (¿qué adolescente no se sintió solo en el infierno?) ahora golpeábamos la soledad, negábamos la huida, echábamos raíces en el inmenso páramo de América. Y no estábamos solos. Cada joven sabía que en alguna parte de América, Neruda estaba combatiendo.

Es claro que en esa hora no olvidábamos al poeta. ¿No fué Neruda quien acercó a millares de jóvenes a la poesía de vanguardia, quien desplazó en nuestro medio, los ídolos de Darío y Lugones? Sí; repetíamos su "Canción de la Fiesta" y su "Crepusculario", aquellos primeros versos de "El Hondero Entusiasta". Y, desde luego, sus "Veinte poemas". Antes de leer a Huidobro y a Vallejo, antes de quemarnos en el "fuego negro" de De Rokha, antes de conocer las "enlutadas musas" de Cruchaga Santa María, los poemas de Rosamel del Valle y Díaz Casanueva, antes de transitar la alucinante poesía de Chile, nos habíamos ejercitado en ese "apocalipsis sin Dios" de Pablo Neruda a través de "La tentativa del hombre infinito", "Anillos" y finalmente en los poemas de "Residencia en la Tierra". Entre tanto se gestaba el "Canto General". El poeta dejaba el "apocalipsis sin Dios" y agudizaba el sentido de su odisea. Tal vez por eso se negó a reimprimir parte de su obra anterior; es posible que necesitara — él que había combatido en el caos — el derecho de recomenzar, de volver a construir sobre las ruinas. Y hay en esto un signo de juvenil veteranía, de fe en el hombre, en el lenguaje que narra su aventura. "Dios me libre de inventar cosas cuando estoy cantando", dijo antes, enunciando *vitalmente* el mundo de la destrucción. Ahora es otro mundo el que desea anunciar. Ha escuchado la voluntad patética de Rimbaud: "¡Cambiad la vida!". Y a ella se encamina su obra o, al menos, la ambición de sus nuevos poemas. Y ese, al fin, es su mensaje, su voluntad de hombre.

El aporte de Neruda a la poesía americana determina una época, un ciclo de madurez en nuestro medio de expresión. Rubén Darío, Leopoldo Lugones, Pezoa Véliz, Julio Herrera y Reissig, anticiparon esa madurez que converge hoy en la poesía de Neruda. Ella significa (por la importancia de su obra) una edad de poesía, un tiempo de influencia de lo americano. Y así como de Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez se desprende, en España, una generación de altos valores líricos: Salinas, Guillén, Alberti... aquí, en América, es posible aventurar la existencia de una generación que prosigue la obra de Neruda y Vallejo o, al menos, que inicia su camino bajo tales influencias. En mayor o menor grado, los problemas de la poesía americana actual, tienen como punto de partida la "época nerudiana" (nos referimos a las etapas anteriores al "Canto Gene-

ral") e implican el estudio de su obra, de su influencia. La asimilación de su lenguaje bárbaro, el credo vital que se desprende de su obra, el fervor que lleva hasta la imitación inconsciente de sus versos, han formado una herencia, una tradición de su poesía. Por otro lado, ella entronca con nuevas corrientes estéticas — surrealismo, cracionismo, etc. —, que determinaron un cambio fundamental en la expresión poética. La influencia de Neruda pudo crear un nuevo esteticismo (tan o más peligroso que la retórica rubendariana) pero nos ayudó a liberarnos de viejas formas de expresión, anacrónicas en esta época de duelo y definición de la poesía.

Hoy habla otro lenguaje. Más simple, más lúcido tal vez. Desde su Isla Negra de Chile llega un poema para golpear nuestra soledad. Y es necesario escucharlo, en medio del conflicto; es necesario escuchar el diálogo del poeta y la vida, del hombre y su esperanza. El que se hundió en la noche, el que sacó los oscuros ropajes de las ciudades muertas y los naufragos, viene a cantar la luz que ha conquistado, este día de América.

LA MUCAMA (Cuento)

LEOPOLDO TORRE NILSSON

Nunca supe bien qué decir de ella. Describir la primera, desatendida impresión que me inspiró una mañana de 1934 sería dar testimonio a una memoria adulterada por hechos posteriores. Hablar de su mirada, extrañamente distraída y fija; de su voz imprecisa, irrecordable, sería falsear de la misma manera algo que nunca fué un conocimiento ni una sospecha, ni la sospecha de una sospecha.

Mi madre la tomó después de infructuosos y modificados avisos en "La Prensa" como muchacha para todo servicio. Las primeras noticias fueron un canturreo obstinado y furioso, como si odiara a sus manos, o a los platos que lavaba, o como si quisiera plantar una bandera (recuerdo que pensé precisamente esas tres cosas. Todavía no la había visto, todavía no había penetrado esa luminosa inconsistencia gris de su mirada como novelcamente diría el redactor de un periódico). Ya una ábulia que en esa época me entristecía, empezaba a demorar mis mañanas, a descuidar mis lecturas. Las tardes me sorprendían en la ventana, rascándome la cabeza (la ceborra que ya hacía de mí un calvo prematuro, me proporcionaba al menos ese goce), esperando la hora del tute y el café. Mi Stendhal y mi Tolstói olvidados, petrificados entre las notas que nunca acabaría. Raquel golpeaba la puerta de mi pieza diciendo una frase de la cual la única palabra perceptible era *niño*. Yo no almorzaba. Cuatro o cinco cafés durante el día y un desgano de comer por las noches fomentaban mi acidez y mi flacura. Digo estas cosas de mí no porque las crea necesarias, aunque me parece necesario decir cosas de mí, sino porque en cierto sentido me van preparando para hablar de quien realmente quiero hacerlo: de Raquel. De esa muchacha casi insignificante que entró a servir en casa de mis padres una imperceptible primavera de 1934. Era de origen irlandés, me lo contó una mañana de creó que simulados sollozos, tras recibir la noticia de la muerte de su abuela. Con una historieta vulgar que difundió más tarde "Ahora" entristeciendo su infancia. Desatendió con cierta innata hidalguía los requerimientos eróticos sentimentales con que los repartidores animaban los zaguanses. Salía los domingos por la tarde muy temprano — sin lavar la cocina, como protestaba mi madre —, y volvía a la hora de comer, silenciosa y entristecida, como si cada domingo volviera de vender un objeto de venerado recuerdo.

Podría contar de ella detalles sin importancia: una larga discusión con una tía renga que pugnaba incesantemente por entregarle una canastilla; un extraño, inexplicable encontrarla en el pequeño jardín de mi casa, insen-

sible a una copiosa lluvia, recogiendo lenta y minuciosamente unos papelitos esparcidos en el pasto; sé que a casi nada ayudan estos detalles; sé que sólo el esfuerzo por querer recordar cosas, por querer justificar cosas, hace reaparecer estos hechos nacidos para ser olvidados o para quedar agazapados en la penumbra de nuestras conciencias. Nuestro primer diálogo habita un lejano día, poco tiempo después de su entrada en mi casa. Era una calurosa tarde de verano. La casa estaba sola, infantilmente deshabitada; yo meditaba un lúgubre futuro, lleno de desalientos y de tardes de verano igualmente insoportables; igualmente solitarias. Bajé a tomar un vaso de agua; inconscientemente bajaba para ver a Raquel; a esa no demasiado reconfortante posibilidad de romper la soledad. Descansaba sobre sus manos apoyada en la mesa de la cocina y miraba fijamente hacia abajo, como si estuviera cotejando el hule con sus dedos, o como si quisiera ignorar mi intrusión. Llegé despaciosamente el vaso después de haber dejado correr el agua para que saliera más fresca. Sé que mientras tanto miraba su nuca y su cabello; sé que pensé alguna banalidad comparativa. De pronto, con una voz que se me ocurrió estridente y desaforada, le dije:

—Raquel, si vienen a buscarme les dice que no estoy.

Ella, sin darse vuelta, girando apenas la cabeza hacia mí, ensayó un sí *niño*, imperceptible y entrecortado. Traté de observarla mientras cerraba la puerta que me devolvería a una soledad menos oprobiosa; ella se llevaba una mano a la boca, tapando el creciente murmullo de sus sollozos.

—Esta noche hay una agria sensación de melancolía en las calles. La gente grita en desaforado entusiasmo. Aquella presenta soledad y aquel presentimiento de desamparo que cubrieron mi adolescencia han sido confirmados de un modo más vasto, más terrible y más preciso. Una ciudad se dibuja en mi ventana; es precisamente la ciudad de mi desamparo, la ciudad ancha y larga donde he jugado las pocas cartas rituales, la cifra mínima que puede jugar un hombre, sin ninguna esperanza de triunfo. La ciudad que un río cubre de humedad y que algunos hombres llenamos de tristeza, la ciudad que termina con las vacas o con los charcos, que ahora son monoblocks, de los primeros suburbios.

Recordar la lejanísima infancia, gustarla en algún perfume, no es más que una tibia confirmación y justificación del fracaso, como si todo fracaso terminara en la infancia, se hiciera evidente con la final comprobación de su origen.

Pero esta vez no es la niñez, sino la adolescencia lo que recupero recordando a Raquel, porque entre los recuerdos que ordeno de ella, están los matices que pertenecen a otras soledades y a otras personas cuyo desliz fué menos fugaz de lo que el inconstante testimonio de la memoria asevera; gentes inaccesibles, sucesos fabulosos que yo trataba de penetrar y cuyo

sentido me estuvo siempre vedado puesto que aun cuando pude compartirlos ya eran otra cosa.

Una mañana Raquel echaba baldes de agua en la vereda; estaba descalza y tenía el cabello anudado en un rodete que sostenía — las imágenes se tornan repentinamente precisas — con un piolín. Me quedé mirándola con una ternura seguramente condicionada por otros fracasos. Ella se quitó repentinamente el hilo y comenzó a barrer con increíble ferocidad. Tuve ganas de barrer por ella, de eliminar todas las veredas del mundo, de traer cubos de agua y de mojarme junto a ella los pies y las rodillas. En puntas de pie traté de no entorpecer su obra y con tono definitivo me atreví a decirle:

—Buen día, Raquel.

Ella me miró con asombro, como si recién me hubiera visto. La vi enrojecer de vergüenza y simulé no advertir que mi saludo había quedado sin respuesta.

Las pasiones adolescentes tienen sus características intrínsecas; las condicionan ociosas soledades y las alimentan posibles — irrealizados — estupro; las apagan: empleos, mudanzas, gripes o profesoras de francés.

Después de planear cuidadosas violaciones; después de no animarme mucho antes de su puerta cuatro o cinco veces, mis padres intentaron conmigo la ponderada eficacia del trabajo y consiguieron emplearme en Agar Cross en 1935. Comencé a olvidar a Raquel, y Raquel comenzó a ser la silenciosa persona que entra y sale por las puertas debidas.

El odio no es fructífero, no fabrica caminos ni poemas, apenas resucita hechos olvidados, apenas particulariza un gesto o un olvido. Raquel se deslizó oscuramente a lo largo de tres años de nuestras vidas. Barria nuestras piezas, servía nuestras comidas; tenía un — suponíamos — solitario, desconocido desahogo las tardes del domingo. Lo demás apenas puedo escribirlo. Un hecho desata infinitas oscuridades, hace insondables momentos que parecían triviales o vacíos. Los diarios han sido explícitos, han hecho dibujos, historias, conjeturas. Raquel en una noche caliente, larga, silenciosa, insoportable, mató en su cuarto a mi padre con feoces, desordenados cuchillazos.

GREGORIO SELSER

(El presente artículo pertenece al capítulo XIV del libro próximo a aparecer Guatemala y la United Fruit Company. La tragedia de Centroamérica).

En el diálogo ideológico entre dos mundos y dos líderes, Roosevelt perdió la guerra. El verdadero vencedor fué Hitler. Los aliados cometieron el trágico error de creer que la muerte de Hitler y la aplicación de la bomba atómica equivalían a la destrucción del hitlerismo. Nosotros, desde un mirador más sereno hemos podido ver y comprobar que el hitlerismo no ha muerto. Hitleritos caricaturescos se multiplicaron allá en Europa y aquí en América; y lo caricaturesco podría servir para diversión y solaz de espectadores, como en la butaca de un *vaudeville*, si no fuera que debajo de ellos están los pueblos salpicados de sangre y hambrientos de vida, padeciendo la crueldad de la comedia. Hitleristos con doctrina o sin ella, pero todos admitidos y estimulados en los claustros oficiales "democráticos" y opinando con respetada autoridad en las solemnes discusiones sobre "los derechos del hombre".

(JUAN JOSÉ ARÉVALO. Discurso al entregar la Presidencia, 15 de marzo de 1951)

Con fecha 12 de marzo de 1953, el señor Spruille Braden, ex Secretario Adjunto para Asuntos Latinoamericanos del Departamento de Estados de los Estados Unidos de Norteamérica, persona que mantiene estrechas vinculaciones con algunos de los círculos gubernamentales de ese país amigo, accionista importante del poderoso monopolio del cobre y jefe de relaciones públicas de la United Fruit Company, que como se sabe también opera en Guatemala, ha formulado declaraciones durante una conferencia pronunciada en el Dartmouth College, de Hanover, en las que claramente plantea la necesidad de una intervención extranjera en los asuntos internos de Guatemala, asentando la peregrina tesis de que no debe ser considerada cómo intervención la acción de las fuerzas armadas de una nación extranjera contra un país que, como persisten en afirmar de Guatemala, constituye un peligro "comunista" contra la seguridad de los Estados Unidos.

(Presentación de Jorge Toriello, Ministerio de Relaciones Exteriores de Guatemala, a la Organización de las Naciones Unidas —ONU— con fecha 1º de abril de 1953).

Muerto Morazán y liquidadas por Rafael Carreras las ilusiones de los centroamericanos por ver renacida su federación, poco tardó éste, en nombre de la clase conservadora y terrateniente, en liquidar los gobiernos de Rivera Paz y Venancio López, gobernando —salvo breves períodos—, desde 1844 hasta 1865 con el cargo de Presidente perpetuo. A él debe el

istmo la mayor parte de sus desdichas, de su desunión y de su caída en manos de los monopolistas ingleses y norteamericanos. Le sucedió Vicente Cerna hasta 1873, en que la revolución encabezada por Rufino Barrios dió con él por tierra. Barrios ejerció una dictadura de tipo "ilustrada", y a él se debe en buena parte el notable progreso alcanzado por su patria hasta 1885, cuando murió en plena brega por restablecer la unificación centroamericana; en 1871 separó al Estado de la Iglesia, pero fueron vanos los esfuerzos que realizara para recuperar los 22.236 Km.² que el ministro de Estado, Pedro Aycinena, cediera en nombre de Carrera a los ingleses (Belice).

Le reemplazó Lisandro Barillas, quien gobernó sofocando revuelta tras revuelta hasta 1892, sucediéndole José María Reyna Barrios, sobrino del anterior, de tendencia liberal. Su gobierno fué borrascoso, señalándose por haber dispuesto la emancipación de los indios, el matrimonio civil y el divorcio, el fomento de la inmigración y la instrucción pública y por renovar las tentativas de unificar el istmo. Fué asesinado el 8 de febrero de 1898. Le sigue entonces Manuel Estrada Cabrera, "El señor Presidente", también "liberal", enemigo de Porfirio Díaz, buen amigo de Estados Unidos y principal entregador de la riqueza pública de su patria al consorcio de la United Fruit Company.

Gobernó patriarcalmente a indios y campesinos, —a quienes diezaba a cada conato de rebeldía— hasta el año 1920, cuando fué sucedido por Herrera, reemplazado a su vez en 1922 por José M. Orellana (Orellana el pequeño), a quien siguió Lázaro Chacón (1926) y luego J. Ubico en 1931, quien se mantuvo en el poder hasta junio de 1944.

Entre las naciones del istmo, Guatemala ofrece la característica de haber trocado sus jefes en contadas ocasiones. Las razones son de índole compleja, aunque no son de desdeñar la influencia de la cercanía de México y de la atenta vigilancia de los intereses ingleses, a quienes el infamante tratado Aycinena-Lennox White, de 1859, había atraído a sus puertas. Otro vecino, no menos vigilante, se insinúa desde 1870, se afirma en la última década del siglo y se instala definitivamente en 1907, a través del

consorcio financiero que en 1951 declara a sus accionistas un imperio económico de 516.251.744,37 dólares en América y de 20.633.896,65 dólares en Europa: la United Fruit Company.

Para trazar la historia de este imperio enquistado parásitamente no sólo en el centro de América sino, a través de sus numerosas ramificaciones apoyadas por los sistemas financieros de la banca Morgan, banca Rockefeller y banca del Grupo Boston, menester es recurrir a la ayuda de dos libros claves: *El Imperio del Banano*, de los norteamericanos Charles D. Kepner (Jr.) y J. H. Soothill (Ediciones del Caribe, México, 1949); el otro se titula *Los Contratos de la United Fruit Company y las Compañías Muelleras en Guatemala*, y su autor es el licenciado Oscar de León Aragón (Editorial del Ministerio de Educación Pública, Guatemala, C. A., 1950, con prólogo de Manuel Galich, actual Embajador en nuestro país y en el Uruguay).

Liberales y conservadores aseguran que Dennis —representante estadounidense— aconsejó el reconocimiento de Díaz mediante la suma de ciento veinte mil dólares que éste le pagó, dándole sesenta mil de presente y sesenta mil cuando la Secretaría de Estado prestó el reconocimiento. Hasta qué punto Coolidge y Kellog se hayan fingido sinceros creyentes del bolcheviquismo y del mexicanismo antiamericanista queregonaban Chamorro, Díaz y los banqueros judíos, es cosa que no puedo precisar; pero es indudable que uno y otro han procedido de mala fe, con frío cálculo de servir a los banqueros de Nueva York, como netos representantes del feudalismo banquerista, y de sacrificar para ese efecto sin piedad alguna al pueblo nicaragüense como primer capítulo del sacrificio centroamericano, sirviéndose para ese efecto de Adolfo Díaz, el más despreciable proxeneta político que hasta la fecha ha producido Centro América. Auxiliando a ese proxeneta con el reconocimiento de una legitimidad que no existe, con dinero, con pertrechos de guerra, con vehículos para transporte militar, con servicios de aviación, con desembarco de

poderosos contingentes del ejército estadounidense encargados de cubrir las espaldas de Díaz y con el señalamiento de zonas neutrales que al arbitrio de un almirante estadounidense, inmovilizan o destruyen las energías bélicas de las fuerzas constitucionales, el gobierno de Washington ha prolongado cruelmente, fría y implacablemente, los horrores de la guerra civil en Nicaragua, con el propósito deliberado de impedir toda reconciliación, de comprometer las finanzas de Nicaragua, de destruir y debilitar su población y de asegurar para un futuro próximo el más degradado envilecimiento de los partidos políticos de Nicaragua y de sus hombres públicos (1).

Las luchas entabladas en toda Centroamérica entre conservadores y liberales, abstractas de ideologías y conceptos, no alteraban el profundo fondo de miseria en que estaban sumidos los pueblos del istmo. Las tierras se repartían como botín de las batallas, y éstas se emprendían para merecer aquéllas. Los repartimientos retaceados a la Iglesia por el liberal Rufino Barrios, volvieron paulatinamente a manos de éste o pasaron a las de los monopolistas cafetaleros. El café era el producto de exportación por excelencia; le seguían el cacao y el azúcar. Su destino era Europa. Todos esos productos habían comenzado a cultivarse a principios del siglo. La construcción del ferrocarril interoceánico realizada por los norteamericanos en 1855, aceleró y propagó su producción (2). Nacieron así los trusts de productos coloniales: productos alimenticios. Pero ninguna de las empresas de productos alimenticios de aquellos tiempos heroicos sobrevivió (3).

Pero en 1870 el capitán de navío Lorenzo D. Baker subió a su goleta de 85 toneladas anclada en Port Morant (Jamaica) unos cachos de banana que había adquirido a un productor particular. La excesiva facilidad con que los vendió en Nueva Orleans le decidió a dedicarse completamente al tráfico del banano. En 1885 se unió a Andrew W. Preston y

(1) Salvador Mendieta, delegado nicaraguense del Partido Unionista Centroamericano. Sinopsis para Nicaragua y el Imperialismo Norteamericano, de Máximo Soto Hall, Ed. Artes y Letras, Buenos Aires, 1928, páginas 80-81-82.

(2) G. Wythe. La industria latinoamericana, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1947, página 311.

(3) Richard Lewinsohn. Trusts y carteles, Ed. Claridad, Buenos Aires, 1948, página 110.

a ocho accionistas más para fundar la *Boston Fruit Company*, con un capital individual de dos mil pesos. A ese capital inicial se agregaron las ganancias obtenidas durante los cinco años posteriores y un aporte adicional de cien mil pesos. En 1890, cinco años después de constituida, la Boston declaraba un capital de 531.000 dólares.

Por ahora esta historia se refiere a Cuba, Jamaica y Santo Domingo. Porque paralelamente y sin conexión alguna, opera en Costa Rica un personaje que, junto con el filibustero Walker, representa el más cabal prototipo del pionero imperialista: Minor Cooper Keith.

Henry Meiggs, constructor de un ferrocarril peruano, obtiene la concesión para construir una vía férrea que una cuatro ciudades del interior del país. El cumplimiento del contrato fué confiado por Meiggs a sus sobrinos, Henry Meiggs Keith y Minor Cooper Keith: "Los dos Keith comunicaron las cuatro ciudades de la meseta interior y llevaron el ferrocarril hasta 71 millas de la costa del Caribe a un precio para la nación de cerca de 7 millones de dólares" (4). El emprendedor hermano menor —a quien su biógrafo Bitter llama el "rey sin corona de América Central"— llegó a ser jefe de la compañía ferrocarrilera con el objeto de tener una carga segura empezó a tratar con los cultivadores de banano:

Su experimento dió tan buenos resultados, que con el objeto de llevar a cabo la producción de banano en Costa Rica, organizó la *Tropical Trading and Transport Company*. También, llevó a efecto análogas operaciones en Panamá y en Colombia, obteniendo el control de la *Snider Banana Company* y de la *Colombia Land Company* (5).

La consecuencia inmediata no se hizo esperar: en lugar de chocar en competencia de consecuencias imprevisibles o de dividir las zonas de explotación, las dos compañías capitalistas se fusionan con el nombre de *United Fruit Company*:

(4) Oscar de León Aragón. Los contratos de la UFCO y las compañías muestreas de Guatemala. Ed. Ministerio de Educación Pública, Guatemala, 1950, página 30.

(5) Oscar de León Aragón, op. cit., página 30.

La nueva *United Fruit Co.* pagó a la *Boston Fruit Co.* cinco millones doscientos mil dólares por sus bienes y a los hermanos Keith cuatro millones por los suyos. Al fin del primer año, la compañía consolidada poseía 112 millas de ferrocarril y 212.394 acres de tierra. Desde el principio siguió una política de expansión con tendencias a moverse hacia el oeste en general. Las tierras cubanas se transformó en terrenos dedicados a la producción de azúcar y las propiedades de Santo Domingo se abandonaron. Así, de las plantaciones de la antigua *Boston Fruit Co.*, sólo las de Jamaica se siguieron trabajando por sus sucesores. En cambio, la UFCo. no sólo ha extendido los intereses de Keith en Costa Rica, Panamá y Colombia, sino que ha ocupado otras importantes regiones. En Guatemala adquirió grandes cantidades de terreno en la costa norte y en la costa sur; y lo mismo en Honduras, país que en la actualidad le proporciona sus mejores entradas. En 1900 el capital de la UFCo. ascendió a 11.230.000 dólares; en 1930 su capital se elevaba a la suma de 205.942.581 dólares. En este último año el total de sus bienes se valorizó en 242.398.163 dólares (6).

Era entonces el año 1899. La guerra civil de los Estados Unidos había terminado hacía 25 años, y la creciente industrialización del país necesitaba de materias primas con urgencia. La doctrina de Monroe se aplicaba con el restrictivo e interesado criterio de que América era para los norteamericanos (en inglés se autodesignan *americans*); para lo cual habían dividido los mercados con los ingleses, a quienes dejaban manos libres en el Transvaal y en China. Lord Salisbury no iba a protestar porque sus primos se fagocitaran a Cuba; bastante trabajo tenía él con los *boers*. ¿Cuál era la situación de los centroamericanos? Algo hemos mencionado; agreguemos algo más: "Los blancos hicieron la independencia, que por fuerza no tuvo repercusión en la economía ni benefició a las masas, ya

(6) Oscar de León Aragón, op. cit., pág. 31.

que hasta la esclavitud... fué substituída por un ingenioso sistema de explotación en el cual participó el cacicazgo criollo e indígena. Los mestizos hicieron la revolución liberal..." o más todavía: "El indio es como una fuerza telúrica y obstinada, que se defiende dentro de su averiada cultura contra el embate de la lengua, de la economía y de la religión ultramarinas. Produce por sus manos casi toda la riqueza agrícola: frijol, ganado lanar y legumbres en las tierras que a diferencia de sus hermanos de la América del Sur, aun conserva, promediando una y media hectárea por cabeza, y como jornalero temporal en las fincas de artículos exportables. Es una tremenda fuerza antirrevolucionaria por su ignorancia, por su actitud tribal que lo divorcia de las comunidades ajenas a la suya, por su falta de intereses comunes con la clase laborante de la ciudad y por su apego semirreligioso a la tierra que de día en día empobrece con sus sistemas cavernarios de trabajo" (7).

Son palabras escritas con vigencia actual, y que sin embargo parecen escritas por un cronista de esa época. ¡Tan escasamente han variado las circunstancias económicas sociales de ese pueblo! Donde su aplicación es relativa, es en los conceptos que siguen a aquéllos: "El mestizo es artesano, comerciante, obrero, profesionista y recientemente industrial; se recluta entre esta división social el contingente política del clero, los individualistas a ultranza y en los últimos años, la base de las organizaciones sindicales. El blanco es una pequeña minoría que aun mantiene la posesión de las mejores y más extensas tierras, y el control de las principales industrias y de los bancos; se ha visto compulsado a admitir en el manejo de los grandes negocios a muchos mestizos hábiles, conforme perdió sentido histórico al definirse las clases, la pugna entre liberales y conservadores, que se prolongó a todo lo largo del siglo XIX y parte del siglo XX" (8).

Aun no se había operado en Guatemala la penetración, restringida por entonces a Costa Rica. Keith se había casado con una costarricense e instalado en el país, con toda la intención de construir un ferrocarril que cruzara todo el territorio de Centro América. Mediante un contrato celebrado el 21 de abril de 1884 con el presidente Bernardo Soto, se concedió a Keith o a la compañía que él organizara, la explotación durante 99 años de *las 98 millas de ferrocarril ya construídas* durante el gobierno de Guar-

(7) Mario Monteforte Toledo, Guatemala, *Isla de Esperanza*, en Cuadernos Americanos, México, 1951, Año X, N° 1, página 10.

(8) Mario Monteforte Toledo, op. cit., página 9.

dia. 800.000 acres de tierras no explotadas a su elección, la faja de territorio inherente al derecho del paso para la construcción del ferrocarril y edificios anexos; dos lotes de propiedad nacional en Puerto Limón para la construcción de muelles, almacenes y estaciones, todo ello sin ninguna clase de reembolso; y 1.600.000 libras esterlinas. Todo ello a cambio de un ferrocarril que, unido a las 98 millas ya construidas, ligara ambos océanos atravesando Costa Rica.

Para agenciarse del dinero necesario, Keith organizó en Londres la *Costa Rica Railway Co.*, con un capital autorizado de 1.800.000 libras esterlinas y dió fin el 22 de abril de 1886 a la obra. Cuando se operó el orden inverso en los intereses de Keith, y de transportar el banano pasó a hacerlo producir, éste logró de los presidentes Rodríguez e Iglesias Castro, en 1892 y 1894, respectivamente, permisos para construir nuevas líneas de ferrocarriles, pero esta vez las vías unían o cruzaban zonas bananeras. Cuando se constituyó la UFCo., todos estos contratos pasaron de manos de Keith a las suyas, aunque Keith era su presidente y la UFCo. la controlaba mediante una subsidiaria, la *Northern Railway Company*. La combinación comercial era perfecta: mercadería de bajo costo, transportada a precios reducidos por tierra, con flete igualmente irrisorio por vía marítima, a cargo de *The Great White Fleet* (Gran Flota Blanca), la flota de la compañía, que ya para 1910 contaba con 100 barcos y utilizaba 16.000 trabajadores de raza negra en sus plantaciones.

El banano es oriundo de la India; se aclimató rápidamente en la zona central americana y desde un principio despertó mucho interés comercial no sólo por su agradable sabor y sus propiedades nutritivas, sino por la rapidez con que el fruto maduraba: a los diez meses de plantado. Compruébase de qué manera vertiginosa crecían igualmente las exportaciones:

Año 1880	360 racimos
Año 1884	420.000 "
Año 1889	2.962.771 "
Año 1913	11.117.883 "

Teniendo en cuenta que cada racimo reportaba al país exportador un dólar, puede calcularse qué ganancia obtenía la compañía que los ex-

portaba. No obstante eso, el presidente de la UFCO, Mr. Preston, se ufana en 1900 por el hecho de que las economías por fletes de ferrocarril durante ese año se elevaría a cien mil pesos.

Cabe igualmente recordar que la *Costa Rica Railway Co.* era aún de capital inglés. Como el *Northern Railway Co.* le hiciera ya una fuerte competencia, aquélla decidió arrendar a ésta la concesión durante noventa y nueve años, lo que se llevó a efecto por un contrato celebrado en Londres en 1905.

La UFCO controlaba así no sólo todo el sistema ferroviario de Costa Rica, sino también sus muelles.

El imperio del banano se consolidaba. Había nacido la República de América Número Veintidós.

MIGUEL D. ETCHEBARNE:

"JUAN NADIE". Editorial

Alpe. Buenos Aires, 1954

En el complejo panorama selvático del arrabal de otros tiempos, con su abundancia de policrómicas figuras patibularias, atrajo siempre preferente atención el compadre en sus diferentes ramificaciones: guapo, malevo, compadrón y compadrito, que no siempre fué decir lo mismo. Para Martínez Estrada el guapo es "un ente solitario, el unigénito del gaucho malo, el hombre en la limitación de la fierra, rodeado de su propia figura. La maldad en él es estado de naturaleza". Por otra parte Maldonado o Puente Alsina extraídos de la galería vacareziana son compadres que no se "achican" ante una situación difícil, pero al mismo tiempo son hombres de conducta y de trabajo. En este mismo plano está el Servando Gómez, de Eichelbaum, y un poco más distorsionado, pero conservando cierta identidad con esto el Abelardo Pardales, de Roberto Valenti, para rubricar con Eucuménico López, el guapo del 900 de Eichelbaum que juega vida y daga en una creencia sincera.

Otras figuras hubo en la literatura local concebidas por Gálvez, Siccardi, Borges, Carriego, Manuel Pinedo, Martínez Cuitiño, pero ninguna de ellas expuso los rasgos y actos suficientes como para que su dinámica fuera estimada en su valor moral.

Esto hace difícil encontrar la silueta que pueda merecer la apologeta, y Miguel D. Etchebarne en "Juan Nadie", corre excesivo riesgo cuando, acotando "vida y muerte

de un compadre" coloca al elemento de calabozo que glosa en esa lírica galería. Y si por otra parte sólo quiso reproducir al "guapo" radiografiado por Martínez Estrada, entonces le disculpamos aún, menos que sus cálidos versos inmolen literariamente a un asesino perfil de extramuros que sólo debía persistir en las crónicas policiales. ¿Otro Juan Moreyra en 1954? Aceptemos que es inadmisibles.

Lo doloroso en todo este planteo, es que el libro de Etchebarne es emotivamente maravilloso. Quizá esas tortuosas sinuosidades de su personaje lleguen hasta la historia para darle autenticidad y colorido, brindándole un marco adecuado, aunque suponemos que ellas hubieran podido figurar igual pero traídas por otros personajes (ya fijados como de mala cadadura, tal como aparecen Cachirla, el pardo Isabel Acuña, Luis López...) personajes que enfrentándose con nuestro compadre pondrían a prueba el coraje y el respeto que merecía esa última pureza del criollo que derrotaron la esclavitud de las fábricas, los abusos de los milicos, la suciedad de los mataderos y el hacinamiento de los conventillos.

Suponemos que entonces hubiera sido un poco más difícil lograr la fiereza que este libro intenta atestiguar. Pero ¿era imprescindible tal fiereza, o es necesario infaliblemente caer en la maldad para lograr atraer la atención del público lector? No le pedimos a Etchebarne un folletín radiotelefónico, con perse-

cuciones de la adversidad a lo "Martín Fierro", pero su exégesis "guapera", por su neto cuño popular, caerá indudablemente en las manos de muchachitos que sintonizaron mal el mito de Gardel y el tango, y se pasan el día ensayando apuestas finiseculares en las esquinas de una ciudad rebosante hoy de asfalto y luz neón, para luego caer al centro con vestimentas de trasnochada moda ejerciendo sus atibos compadritos y sobradores (esto especialmente) entre sus pobres vecinos del colectivo completo.

Creemos firmemente que todas las convulsiones se deben al elogio de la envaionada (el padre apoya a su hijo pequeño —y luego pregona la actitud— para que le dé una trompada a su compañero de juego). Suponemos —nosotros somos así— que el hombre quiere paz, sosiego, calma. Hay que mostrar ejemplos de hombres buenos, conciliadores que se olviden de todas las villanías cometidas hasta ahora por el hombre e inicien una era nueva en la que todos traten de comprenderse mutuamente.

Esto es—conforme nuestra creencia— un inconveniente de base que perjudica el todo. "Juan Nadie" nos ha encantado por su composición, por el arte versificador del autor, por su emotividad en múltiples pasajes, pero nos duele esa caída en una exaltación injustificada. Desde: Nació en casilla de lata con un arroyo en el frente hasta ese triste final.

Juan de nombre y de apellido Nadie, según me han contado, se hilvanan una serie de coloridas estampas trazadas con expresivos e ingeniosos versos. Etchebarne dice "nadie" y habla de un paso ignorado, sin importancia, sin valencia o calificación auténtica, pero que hasta ese instante los hechos realizados han agigantado, y cuando muere

como un Don Nadie, pasando a la nada, deja su silueta tenebrosa y su inhumano proceder, trasladándolas a la posteridad, al paraíso mítico, en virtud del expresivo don del poeta que, queriendo ennegrecerlo, ha-cerlo pasar desapercibido, lo transforma en personaje legendario.

Juan Nadie, esquivo el trabajo, se siente dueño de todo, es ventajero en el sopapo y en la vistada segura, atisoc de punta y filo, roba al pobre y al rico, anda con sonrisa burlona, y su oído es profundo para todo en esa primera fase que se esfuma al encontrar que:

todo el paisaje era asombro
y todo el pasado olvido
Luego no es fiel a nada, ni siente apego por nadie. El pardo Isabel Acuña, de relieve mucho más sincero pasa dejando una débil huella, mientras él sigue "escalando":

más arisco que un dorado
y libre como la brisa
Entrega su primera amante a la voracidad sexual de sus compañeros de rapia y al adquirir jerarquía su estampa, con seguro presentimiento de lo que será su tétrica actuación y su epílogo, comienza a vestir de negro.

Negro es el postrer reintegro del hombre a la tierra madre, y la muerte que es compadre siempre se vistió de negro. En la actitud del coraje Juan adoptó la postura del duelo que se inaugura en las tinieblas del traje.

con estos versos Etchebarne inicia uno de los capítulos más atrayente del poema cuya extensión no se siente (ese es el peligro mayor, porque ciertas cabezas no podrán ya salvarse por aburrimento): Se detacaron aquí el pintoresquismo del velatorio y la actitud asumida ante la vida del pardo, con su infame determinación final.

Llega entonces el viaje hacia tie-

tra adentro. Pasan personajes como Luis López, Rosa y el Cachiría que tienen real vivencia, y con desbordante emotividad arriba la pintura del baile de carnaval. Aquí se aquieita un poco esa acritud eterna del héroe central pero la calma no dura mucho tiempo porque en un entrevero de naipes jugados suciamente:

y cuando tuvo cabal conciencia de la vileza le cosió con el puñal mano y baraja en la mesa y vuelve entonces a la zona del debut y en ella el trato de:

La mujer que era corrida como pato de bañado conocía el articulado del código de la vida: por más que hablara la herida, ella se quedó callada, porque sabía que no hay nada peor que la delación que la triste condición que da la existencia airada.

La imagen sufrida y doliente de Isidra se agranda, y cada uno de sus pasos resume una verdad ineluctable: la mujer sufriendo como madres, como amante y hasta como casa de uso. Rosa delinea un perfil ansioso de roce y figuración, camino cuya bifurcación desemboca ineludiblemente en la prostitución.

Ella esboza el carácter de la man-tienda, institución universal que, como todas las demás regiones del orbe nosotros no hemos descartado. Es ella la que un día comprende que el "compadre" puesto en paisaje de ciudad, de centro, pasa a un plano perdido. Entonces se alza, y ante esta primera valla que no se inclina para su salto, el "guapo" derrumba su personalidad y su hombría. Vendrán otras mujeres que él inclinará a lo suyo:

y aprendió a estar en la argolla atada corto, sin cancha más que para aguja, plancha, escoba, plumero y olla.

pero su pujanza ya se va borrando, y su fama espanta a pocos. Todo ha muerto en torno a Juan Nadie, hasta el paisaje. No es la partida, la vieja partida del drama criollo, quien lo elimina. Esa es la ficción del libro que todavía dice:

pero nació de su herida un yuyo entre el empedrado: no yuyo, sino maleza, maleza depositada en el corazón de muchachitos que tienen equivocado el concepto de hombría. La partida se llamó: educación, progreso, mejor "standard" de vida, luz, y jabón.

Jorge R. Montes.

**ENRIQUE ANDERSON IMBERT:
"ESTUDIO SOBRE ESCRITORES
DE AMERICA", Editorial Raigal,
Buenos Aires 1954**

Desde ahora cuenta Enrique Anderson Imbert con una espléndida edición argentina que lo hará conocer como se merece, en su labor de crítico. La edición de Raigal de sus

Estudios sobre escritores de América, es probable que aliente la edición de otros aspectos de la labor de este perfecto hombre de letras: ¿sería mucho pedir a la misma editorial

que recoja en volumen los espléndidos cuentos de Anderson, los incluidos en **Las pruebas del caos** (Tucumán, 1946), y los posteriormente publicados en revistas de nuestro país? Anderson Imbert se merece esta creciente atención hacia su obra, que no ha gozado de fortuna por circunstancias diversas: tirajes escasos o interferencias extrañas. Su primera novela, **Vigilia**, de 1934, no es recordada en el nutrido catálogo de Germán García, que es, por lo contrario, excesivamente generoso en el rescate de mucho olvido justiciero. Y sin embargo, aquella novelita fué innovadora en su tiempo; lo es todavía, en la familiar atmósfera de sus cuentos y de **Fuga**, novela reciente, hecha con materiales directos y experiencias compartibles, con la que parece imposible lograr, como logró Anderson, una atmósfera de irrealidad tan cautivadora: "los juegos metafísicos" sin duda. Y no queda naturalmente ahí: junto a esa labor estrictamente creadora, se movió la otra, la que surgía de la experiencia de la vida y de los libros, los análisis críticos, los estudios, los comentarios marginales y esa suerte de periodismo literario que Anderson Imbert ejerció, durante largos años, en la primera juventud, a artículos diarios, en un rincón militante.

Anderson no pertenecía a capilla literaria alguna, y si eso impidió que la gloriola lo enmarcara, lo salvó de la perezoza concesión familiar: su capilla se llamó Pedro Henríquez Ureña, y el rigor disciplinado a que lo sometió el maestro, junto a su insaciable curiosidad por todos los rumbos de la cultura, la cultura de los libros, como la de los hombres, como la de las cosas, hicieron de él un escritor tempranamente maduro para toda navegación: en plena juventud—que hable **La flecha en el aire** y el artículo ejemplar

de Raimundo Lida—, parecía haber descubierto el secreto de la sabiduría suficiente y del espíritu gozoso, espíritu del que sabe que la literatura no descubre el mundo, pero lo define y hermosa. Es un gozo leer y releer a Anderson Imbert, escritor singular en un país de escritores graves—con las naturales excepciones—y a veces obvios. Se me dice: Anderson escribe mejor ahora que hace quince años. No lo veo así: para mí Anderson fué dueño de su estilo desde que comenzó a escribir, y si el rigor de los estudios que se ha impuesto ahora—lejos de las voces bonaerenses que atendía en aquel tiempo—, han cerrado los párpados para los guiños insolentes de muchacho sabedor que tenía entonces su estilo, éste no ha perdido esa fluencia interna de ceño desarrugado, que es uno de sus mayores encantos, y que es también uno de los mayores encantos de este libro. **Estudios sobre escritores de América**, en el que recoge varios de sus trabajos últimos. Aunque escritos para ocasiones diversas, al agruparse tienen unidad de sentido, porque una es la preocupación fundamental de Anderson: nuestra América, a cuyo encuentro va marcando los hitos que dignifican su historia y que suelen olvidar los difusos teorizadores del americanismo negativo, que han aparecido por esta bonanable Buenos Aires. Y es más: como el espíritu inquieto de Anderson no puede quedar encerrado dentro de las exigencias de un título, cada uno de los trabajos incluidos aquí está lleno de incitaciones disparadas hacia todos los costados de la atención. Ya es un comentario al pasar, como cuando anuncia un nuevo florecimiento de la novela histórica, ya es una afirmación oportuna, como cuando recuerda que la "característica de toda la cultura de la América española es que el pensamiento

se aplique a la realidad social y la literatura al servicio de la justicia" que remata con esta observación tajante: "hoy como hace un siglo, nuestro gran problema es acertar con una política de "principios, no de personas" que concilie en una genuina democracia argentina el liberalismo de las minorías cultas con las reclamaciones de justicia de las masas", observación que sin duda discutirán algunos de sus compañeros de ayer. Y especialmente, esa unidad de pensamiento que se refleja en todos sus libros y que lo hace volver, de paso, a temas insistentes, como el del nacionalismo literario, combatido por él desde su primer libro, en cuanto signifique cerrazón de campanario y desprecio por el mejor mérito ajeno. Y para quien quiera volver a la emoción del romanticismo auténtico, las páginas en que Anderson lo estudia (claro que de paso, con un saludo que es reconocimiento y añoranza) serán reveladoras.

Seis estudios esenciales: El historicismo de Sarmiento, Isaacs y su romántica María, El telar de una novela histórica: "Enriquillo" de Galván, La prota poética de Martí; Rubén Darío, poeta, Echeverría y el liberalismo romántico (ejemplar síntesis, escrita para lectores norteamericanos, pero válida para refrescar los ojos de los distraídos lectores argentinos), dos artículos definidores sobre la novela histórica en el siglo XIX y sobre la novela en América, anticipo, tal vez, del libro que debe escribir; la espléndida y emocionada recordación de Don Pedro y algunas notas sobre sus libros y opiniones, con dos artículos sobre un episodio quijotesco en el Padre Las Casas y un paralelo de Fernando Cortés y Bernal Díaz del Castillo, forman este volumen ejemplar por su contenido y por su vetustidad.

Javier Fernández .

EDICIONES  HACHETTE

NOCHE ANGUSTIOSA

Por ALBRECHT GOES
Traducción de *Manfred Schoenfeldt*
Viñetas de *Horacio Alvarez Boero*

Albrecht Goes, uno de los más altos exponentes de la literatura alemana actual, narra con vigor poco común las dramáticas horas que vive un sacerdote obligado a asistir a un soldado condenado a muerte por desertión. El contenido humano de su exposición cautiva y la emoción embarga al lector desde las primeras líneas del libro.

Incisales litográficas en color. Volumen de 120 páginas - Formato 15 x 21 - Tapa a todo color - Impresión a dos tintas - Encuadernación rústica

PRECIO \$ 10.-

COLECCION "EL MIRADOR" DE MIS PEREGRINACIONES EUROPEAS

Por EUGEN RELGIS

Con el estilo rápido y brillante que lo caracteriza, con su clara visión de los hechos y de los hombres, Eugen Relgis presenta en una amplia visión panorámica la Europa de nuestros días, y enlazando entrevistas con los campeones del pacifismo universal nos muestra sus luchas, experiencias y decepciones.

Volumen de 240 páginas - Formato 14 x 20,5

Tapa impresa a tres colores - Rústica

PRECIO \$ 15.-

EL ARTE ES PARA TODOS

Por MARTHA SIMPSON

Traducción de *Mario Calés*

Martha Simpson, notable pintora norteamericana, expone en este libro con precisión y claridad, las bases y los principios del buen arte, proponiendo un plan sencillo y metódico para apreciarlo en todo su valor. Ilustrado con magníficas reproducciones, aportará al lector versado en la materia tanto como al profano, un notable conocimiento del arte antiguo y del moderno.

Volumen de 178 páginas - 35 reproducciones - Formato 14 x

20,5 - Rústica - Tapa impresa a tres colores

PRECIO \$ 22.-

EN VENTA EN TODAS
LAS LIBRERIAS Y EN EL

**PALACIO
DEL LIBRO**
MAIPU 49 - 34/3131
CORDOBA 2015 - 83/8191
BUENOS AIRES

LIVRES FRANCAIS

sur

ART-POÉSIE

LITTÉRATURE-SCIENCES

TECHNIQUE-POLITIQUE

COMMERCE-INDUSTRIE

DICIONNAIRES

Service bibliographique
organisé pour le public

ASSORTIMENT COMPLET DE
PUBLICATIONS ET
REVUES FRANCAISES

Service d'abonnements



MAIPU 49 - 34/3131
CORDOBA 2015 - 83/8191 - Bs. As.

PALACIO DEL LIBRO

LIBRERIA HACHETTE S. A.

EL PREMIO GONCOURT
MAS SENSACIONAL DE
LOS ULTIMOS AÑOS

48 Horas en Dunkerque

de ROBERT MERLE

La novela más vigorosa, humana
y desgarradora sobre la
última guerra

Es una novedad extraordinaria de
EDICIONES DEL PORTICO

Pídala en las buenas librerías



DEL PORTICO

TALLERES GRAFICOS LUMEN
Tucumán 2926 - T. E. 62-6646/47

JEAN-MARIE CARRE

VIDA DE

RIMBAUD

La biografía más completa de la existencia aventurera de Jean-Arthur Rimbaud junto con el análisis exhaustivo de su genio y su poesía.

Es una novedad de Ediciones del Pórtico

PIDALA EN LAS BUENAS LIBRERIAS

Distribuidora exclusiva:
Librería Hachette S. A.

Rivadavia 739

Buenos Aires



PRECIO DEL
EJEMPLAR \$ 5.-